

Dumas (Alejandro)  
Kean o el desorden y g

9

Valparaiso, 1862

James M. Smith

James M. Smith

James M. Smith

N.º 22

MUSEO DRAMÁTICO DEL MERCURIO.

---

COLECCION

DE LAS

MEJORES PIEZAS DEL TEATRO MODERNO.

KEAN.



VALPARAISO:  
IMPRESA Y LIBRERIA DEL MERCURIO  
DE SANTOS TORNERO.

1862.



MUSEO DRAMÁTICO DEL MERCURIO.

---

# KEAN

---

## O DESORDEN Y JENIO.

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

DIVIDIDA EN SEIS CUADROS

DEL CELEBRE ALEJANDRO DUMAS




VALPARAISO:

IMPRESA Y LIBRERIA DEL MERCURIO  
de Santos Tornero.

—  
1862.





Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

## CUADROS.

---

- 1.º . . . . La Cita.
- 2.º . . . . Ana Damby.
- 3.º . . . . La Taberna.
- 4.º . . . . El vestuario de Kean.
- 5.º . . . . El Teatro.
- 6.º . . . . El Destierro.

## PERSONAJES.

---

---

Kean.

El autor.

El príncipe de Gales.

El conde de Kœfeld.

Lord Mewil.

Salomon.

Pistol.

El Constable.

Peter Patt.

John Cooks.

Tom.

Bardolfo.

David.

Dario.

Un mayordomo.

Un despensero.

Ketty.

Elena, condesa de Kœfeld.

Ana Damby.

Amy, condesa de Gosswill.

Julieta.

La nodriza.

Criados de ambos sexos, bebedores, etc.



# ACTO PRIMERO.

## CUADRO PRIMERO.

### LA CITA.

Salon de la casa del conde de Koefeld.

#### ESCENA PRIMERA.

ELENA, MAYORDOMO, UN CRIADO.

MAYOR. (*Mandando.*) ¿Están preparadas las mesas de juego?

CRIADO. Dos de whisk y una de boston.

MAYOR. ¿Has avisado a los músicos?

CRIADO. A las nueve y media estarán en el salon principal.

MAYOR. Bueno... el ponche y el té en el gabinete.

ELENA. (*Escribiendo una carta.*) Señor mayordomo, no olvidéis los cigarrillos para esos señores, y procurad que todo quede corriente. (*Vase el mayordomo.*)

CRIADO. (*Anunciando.*) Milady, la condesa de Gosswill.

ELENA. Que entre, que entre inmediatamente. (*A Amy que entra.*) Buenos dias, amiga mia. Mucho os agradezco que hayais venido temprano, porque os he de decir tantas cosas! Como nos vemos tan poco...

#### ESCENA II.

ELENA, AMY.

AMY. (*Con caricia.*) De propósito he venido antes que los demas, por tener

una media hora de grata conversacion; porque yo tambien tengo que deciros mil cosas, y la primera, mi querida veneciana, es que sin embargo de nuestros cabellos rubios y ojos azules, vuestros cabellos y ojos negros son siempre los que tienen mayor atractivo en nuestras reuniones.

ELENA. Si lo dijerais de ese blanco y hermoso cuello, de esas blancas y hermosas manos, de ese cuerpo tan delgadito y precioso... ¡Oh! en verdad que soi del dictámen del gran poeta ingles: «la Inglaterra es un nido de cisnes en medio de un vasto estanque.» Vamos, tomad asiento.

AMY. Sí, voi a sentarme al instante, pues no podeis creer lo mui cansada que estoi. Mirad, para poder ir a la corrida de caballos de New Market, he tenido que levantarme a las diez de la mañana, y cuando cometo semejantes imprudencias, me hallo abatida todo el dia... ¡Oh! si el convite hubiese sido en otra casa que la vuestra, no hai cuidado que yo fuera. (*Sentándose.*) ¿Y vos qué habeis hecho hoy?

ELENA. Unicamente prevenir lo necesario...

AMY. ¿Y ayer noche fuisteis a alguna parte?

ELENA. Sí, a Drury Lane.

AMY. ¿Qué función hubo?

ELENA. Hamlet, y el Sueño de una noche de verano.

AMY. ¿Quién hacia el papel de Hamlet?... ¿Young?

ELENA. No, Edmond Kean.

AMY. ¿Por qué no me lo escribisteis y os hubiera pedido un asiento en vuestro palco?

ELENA. Y yo habría recibido grande satisfacción en dárselo..... Kean estuvo verdaderamente extraordinario.

AMY. ¿Extraordinario?

ELENA. ¡Sublime!... debía decir.

AMY. ¡Qué entusiasmo!

ELENA. ¡Os admira! Sin embargo, sabéis que las italianas no tenemos las sensaciones moderadas, y que no nos es dado ocultar el desprecio ni la admiración.

AMY. A no regañarme demasiado, os diría una cosa.

ELENA. Decid.

AMY. Mirad que vais a oír un absurdo.

ELENA. A ver.

AMY. En verdad que no sé cómo decíroslo.

ELENA. Pero ¡Dios mío! ¿qué es eso, pues?

AMY. ¿Nadie puede oírnos?

ELENA. ¡Jesus! empezais a infundirme espanto.

AMY. Pues vamos, os digo que empieza a notarse el mucho apego que tenéis a Drury Lane.

ELENA. Y ¿qué tenemos con eso? A vuestros compatriotas les debe gustar que una extranjera sea tan devota de Shakespeare.

AMY. Cierto; pero se añade que no vais a la iglesia para rogar a Dios... sino para adorar al cura.

ELENA. ¿A Young?

AMY. No.

ELENA. ¿A Macready?

AMY. Tampoco.

ELENA. ¿A Kemble?

AMY. A Kean...

ELENA. ¡Qué locura! (*Entre dientes.*) ¿Y quién lo dijo?

AMY. ¡Oh! no lo sé; esas son cosas que bajan del cielo.

ELENA. Y siempre hai una buena amiga que las recoge... ¿Con que amo a Kean?

AMY. Dicen que con frenesí.

ELENA. ¿Y me vituperan?

AMY. Os compadecen. ¡Amar a un hombre como Kean!...

ELENA. Poco a poco, que no lo he confesado... pero ¿por qué no se podría amar a Kean?

AMY. Primero, porque es un cómico, y no admitiéndose en nuestros salones esa clase de jente...

ELENA. No deben admitirse en nuestros gabinetes... sin embargo, yo he encontrado a Kemble en los aposentos del duque de Yore.

AMY. Es verdad.

ELENA. Y ¿quién puede cerrar al uno las puertas que se abren delante del otro?

AMY. Su reputación mal sentada, querida amiga.

ELENA. ¿De veras?

AMY. ¡Vaya, que nadie hai, escepto vos, que lo ignore! porque Kean no es otra cosa que un héroe de incontinencia y escándalo, haciendo alarde de eclipsar a Lovelace por sus muchos amores, corriendo parejas con el príncipe real en el lujo; y quien con todo esto, por un contraste que no desmiente su baja esfera, depuesta apenas la capa de Ricardo, viste el traje de marinero del puerto, corre de taberna en taberna, y llega a tal estado, que le llevan a su casa muchas mas veces de las que él va por sus propios pies.

ELENA. Seguid; ya os escucho.

AMY. Un hombre a quien la infinidad de deudas le han obligado, segun se dice, a comerciar con los caprichos de algunas grandes señoras para escapar a las pesquisas de sus acreedores.

ELENA. ¿Y de veras se ha dado por cierto que yo amaba al hombre cuyo retrato acabais de hacerme?

AMY. Con formalidad; pero habeis de pensar que yo no lo he creído,

como tampoco lord Delmours y milady...

ELENA. A propósito, me olvidaba de preguntaros por él. ¿Qué tal lord Delmours?

AMY. ¿Qué me preguntais a mí? ¿lo sé yo por ventura?

ELENA. Disimulad... yo pregunto por él a cuantos veo: es un jóven guapo, elegante, escelente... un poco hablador... pero no mas.

AMY. ¿Hablador?

ELENA. Sí; pero nadie le cree. Disimulad el haberos interrumpido; estabais hablando de...

AMY. Ahora no me acuerdo... ¡Ah! sí, del último baile que dió el duque de Northumberland. ¡Qué delicioso fué! Quedé admirada de que no estuvierais, y os busqué para tener el gusto de presentaros a la duquesa de Devoushire, que estoi segura se hubiese alegrado mucho de conoceros.

ELENA. Gracias por la memoria... pero mi marido como embajador de Dinamarca, fué convidado por la duquesa el mismo dia que llegó a Londres.

AMY. Y ¿no podremos tener el gusto de ver al embajador?

ELENA. Miradle. Y podria decirse que teneis la varita de una hada, y que vuestros deseos son órdenes.

### ESCENA III.

*Dichos*, EL CONDE DE KOEFELD.

CONDE. (*A su secretario.*) Procurad que lo mas pronto posible salga un correo, y que aproveche la ocasion del primer buque que se haga a la vela, porque estos despachos no pueden retardarse. (*Se los entrega.*)

AMY. ¿El señor conde de Kœfeld puede por último dejar un momento a la política de Europa?

CONDE. El conde de Kœfeld suspende para mañana los asuntos de todos los soberanos de Europa, para poder consagrar esta noche a la reina de Inglaterra, a la hermosa condesa Amy de Gosswill.

AMY. (*A Elena.*) ¡Qué lástima que no pueda creerse lo que dice!

ELENA. ¿No deja la diplomacia para mañana?

AMY. Bien es verdad; pero la costumbre es otra naturaleza.

CONDE. Siendo asi, voi a hablar mui mal de vos. ¿Quién os viste, milady? Este vestido blanco, al paso que os afea muchísimo el cuerpo, no pega mui bien con vuestra tez. Si al menos tuvierais los cabellos rubios y los ojos negros, se disimularian un tanto los demas defectos con vuestra esmerada belleza; pero nada de esto... en verdad que debeis estar celosa de todas las mujeres, habiéndoos favorecido tan poco la naturaleza... ¿qué tal? ¿he dicho la verdad ahora?

AMY. Ni mas ni menos que antes.

CONDE. Entonces, ¿qué creéis?

AMY. Lo que no me digais.

CONDE. Lástima que las mujeres no sean embajadores.

AMY. ¿Por qué lo decis?

CONDE. Porque conocerian casi todos los secretos.

ELENA. (*Mirando a Amy.*) Es que son embajadoras.

AMY. ¡Picarilla!...

ELENA. Y en calidad de tales saben retener los que sospechan.

AMY. Amiga mia, qué bonito abanico...

ELENA. Es regalo del príncipe de Gales. (*Enseñándoselo.*)

CONDE. ¿Sabeis si vendrá lord Gosswill?

AMY. No creo, porque ha ido al oscuro casamiento de lord Mewil.

CONDE. Teneis razon. Hoi es el dia en que el lord Mewil casa con esa rica heredera, con cuya dote piensa rehacer su fortuna... ¿cómo llaman a esa jóven? ¿Miss Ana?

AMY. Creo, Ana Damby... es un nombre difícil de retener.

CONDE. (*A Elena.*) Es aquella hermosa jóven en quien reparasteis, por verla todas las funciones en el teatro de Drury Lane, donde tiene su palco en frente del nuestro: quizás ella haya reparado tambien en vos.



ELENA. Sí, ya sé.

AMY. Señor conde, he cometido una grande imprudencia: he pedido a mi querida Elena un asiento en su palco para el dia que salga el hombre de tanto talento... el grande actor... Kean.

CONDE. ¿Con que deseais verle?

AMY. Mas de lo que imaginais; y sobre todo de cerca. Por eso, como teneis el palco en la ante-escena, me parece mui a propósito para observar todos sus ademanes.

CONDE. Mucho me alegro que tengais ese anhelo... porque hoi mismo os lo haré ver todavia mas cerca que de mi palco.

AMY. ¿De dónde?

CONDE. De un lado a otro de la mesa, pues le he convidado a comer con nosotros.

ELENA. Caballero, ¿le habeis convidado sin advertírmelo?

AMY. ¿Vos habeis convidado a Kean?

CONDE. ¿Por qué no? ¿no lo hace el príncipe real? Por otra parte convidar como se convida a esos señores en calidad de bufon, porque despues de comer le haremos representar una escena de *Falstaff* para divertirnos.

ELENA. Pero, caballero, lo repito, ¿por qué le habeis convidado sin advertírmelo?

CONDE. Porque queria sorprender al príncipe real, a quien mis instrucciones me obligan a hacer la corte; pero ahora que me habeis arrancado el secreto, ¿direis todavia que soi diplomático?

UN CRIADO. (*Entra con una carta en la mano.*) Una carta para el señor conde.

CONDE. ¿Me permitireis, señoras?

AMY. Sin duda.

CONDE. (*Lee.*) «Monseñor: siento en el alma no poder admitir vuestra complaciente instancia, pues un negocio que me es imposible dejar, me impide este honor. Espero tendreis la bondad de depositar mis respetos a los pies de la señora condesa.»

ELENA. (*Aparte.*) Gracias al cielo.

CONDE. ¡Un cómico negarse al convite de un ministro!... es preciso con-

fesar que vivimos en un siglo extraordinario.

AMY. Pero esto mas bien que negativa, es una excusa.

CONDE. No señora, es negativa y bien completa; lo sé, por lo que yo mismo he hecho en algunos negocios de casamiento entre personas reales.

ELENA. ¿Y vuestra carta estaba como corresponde?

CONDE. Lo podeis juzgar por la respuesta.

EL CRIADO. (*Anunciando.*) Su alteza real, príncipe de Gales.

#### ESCENA IV.

*Dichos*, EL PRINCIPE DE GALES.

PRIN. (*Al entrar.*) ¡Por San Jorje! ¿es cosa maravillosa! Perdon, mi señora condesa, si entro en vuestra casa tan jovial; pero ya vereis... la aventura mas graciosa que podeis figuraros, y lo que es mas sin la menor simulacion, se esparce de unos en otros por todas las calles de Londres.

ELENA. Quedais perdonado, con tal que nos la conteis.

PRIN. Vaya si la contaré; a imitacion del rei Midas iria a contarla a las cañaveras del Támesis, si no tuviera a quién.

ELENA. Con anticipacion declaro no creer una palabra de ella.

AMY. Por eso no dejes de contarla, pues aunque no la creamos... ya la divulgaremos.

PRIN. Ya conoceis a lord Mewil, ¿no es verdad?

CONDE. ¿Quien debia casar con aquella jóven plebeya?

PRIN. Ciertamente...

AMY. Si no me engaño debian casarse hoi.

PRIN. Pues bueno; lord Mewil ha sido igualmente fácil en creerlo; de modo que ha arreglado su casa, y la ha provisto de nuevos caballos, coches, créditos y acreedores... ¡qué hombre tan diligente! pues, como decia, al momento de ir al altar, la novia no pareció; fueron por ella a su habita-

cion, y encontraron la puerta abierta, y que se habian llevado a la jóven: estaba la jaula, pero el pájaro habia volado.

ELENA. ¡Pobre criatura! Tal vez querrian se uniera a lord Mewil contra su voluntad, y sin duda amaria a otro.

PRIN. Y considerad que habita a quinientos pasos del Támesis (*Se rie.*)

CONDE. Viendo de continuo el rio, tal vez se habrá echado a él.

AMY. ¡Dios de bondad! ¿y os reis de eso?

CONDE. Tranquilizaos, señora: viendo de continuo el rio, la ha hecho entrar en deseos de viajar por mar; y pareciéndola cosa fastidiosa el viajar sola, ha tomado un compañero, que os prometo no la dejará por el camino.

AMY. ¿Cuál es el nombre del raptor?

PRIN. Uno de los mas ilustres de Inglaterra.

AMY. Por Dios, decídmelo, príncipe.

CONDE. Si instais demasiado a su alteza, señoras, tal vez le turbeis algun tanto.

PRIN. ¡Malicioso! no por cierto, no quiero apostarlas con la plebeya, porque no tendria buen éxito para mí... voi a deciros, señoras, que es un nombre todavía mas ilustre que el mio, llevando desde mucho tiempo coronada la frente, mientras que la mia espera aun su corona: ¡ojalá mi hermano la conserve muchos años sobre su cabeza!

ELENA. (*Con inquietud.*) Pues entonces, ¿quién?

PRIN. ¿No lo adivináis aun? Hace mas de una hora que os lo estoi señalando con el dedo... quién quereis que sea, sino el Foblas, el Richelieu, el Rochester de los Tres Reinos... Edmond Kean.

ELENA. Edmond Kean... ¡imposible!

CONDE. Imposible... pero por otra parte me lo da a creer el no querer aceptar nuestro convite, y era preciso un asunto de esa importancia para dejar de venir.

ELENA. (*Aparte.*) ¡Dios mio!

CONDE. Ahora me alegro que no

haya venido; porque quizás me hubiesen creído complicado en el lance, viniendo él hoi, y sucediendo eso mañana.

PRIN. Y eso tal vez hubiese sembrado la discordia entre la Inglaterra y la Dinamarca... Vamos, señoras, preciso es celebrar ese acontecimiento, que impide la guerra con el extranjero... y nos devuelve la paz en el interior.

AMY. ¿Acaso nos amagaba alguna revolucion?

PRIN. Yo creo que continuamente estábamos en guerra civil, matrimonialmente hablando; porque no habia un solo marido que pudiese responder de su mujer, ni un solo amante de su querida; de modo que la moral pública ha ganado hoi mucho, señoras, y no seria de extrañar que esta noche medio Londres festejase semejante nueva con luminarias.

AMY. Si es asi, era un hombre mui temible; y seria verdad lo que decian de algunas grandes señoras, que tuvieron el gusto de darle motivo para engreirle, igualándole a ellas.

PRIN. No hai tal, condesa, no hai tal; lo que han hecho esas grandes señoras, es humillarse hasta bajarse a él... lo que en mi concepto es mui diferente.

ELENA. (*Aparte.*) ¡Dios mio, cuánto padezco!

CONDE. ¡Vaya, que es mui gracioso! seguramente que cosas por ese estilo no acaecen sino en Inglaterra.

PRIN. Querido conde... los embajadores están medio naturalizados.

ELENA. Monsenor...

PRIN. Escusad, señora condesa.

AMY. Y ¿creeis que esa noticia es verdadera?

PRIN. Y de tal modo, que apuesto como en este momento se halla Kean por el camino de Liverpool.

EL CRIADO. (*Anunciando.*) Mr. Kean.

ELENA. (*Sorprendida.*) ¡Mr. Kean!

AMY. (*Idem.*) ¡Mr. Kean!

CONDE. (*Idem.*) ¡Mr. Kean!

PRIN. ¡Cómo! ¿será posible?...

CONDE. Que pase adelante.

## ESCENA V.

*Los mismos, KEAN.*

KEAN. (*Con mucha amabilidad.*) Milady, milord... me atrevo a pedirlos que os sirvais disimular la contradicción de mi carta con mi venida; pues un suceso imprevisto ha cambiado de repente mis proyectos, y es para mí un deber el presentarme como lo hago. (*Volviéndose al príncipe.*) ¿Se dignará vuestra alteza recibir mis homenajes?

CONDE. Confieso que no contaba ya con vos por dos motivos; cuales son, el haberos negado a mi convite por medio de una carta, y por los extraños susurros que se propagan hoy con respecto a vos.

KEAN. Señor conde, cabalmente por ese motivo he venido a vuestra casa; pues aunque exajerados esos susurros, no dejan de tener alguna vislumbre de verdad, por haber ido efectivamente miss Ana a mi casa, y no encontrándome, dejó esta carta: como el espía que la ha visto entrar no habrá querido aguardar que saliera, se ha divulgado lo que todos saben. Ahora bien, hallándose comprometida la reputación de miss Ana, me ha parecido muy del caso, para mostraros mi agradecimiento por la agradable instancia que me habeis hecho, elejiros a vos, señor conde, para que hagais saber a Londres la justificación de miss Ana y la mia... honor por honor.

CONDE. ¿Vuestra justificación? sois inocente o culpable... si inocente, un solemne mentís pronunciado por vos lo acallará todo.

KEAN. ¿Un solemne mentís pronunciado por mí lo acallará todo, decís? ¿Creeis, señor conde, que ignoro los sarcasmos a que está espuesta la situación de un actor? Si pronuncio un solemne mentís, bastará para los artistas que saben a punto fijo que el actor Kean es un hombre de honor; pero no para los demas, que no lo conocen sino por hombre de talento, que no le comprenden... es preciso,

pues, que una boca pura... que una persona que inspire confianza y respeto por su alta posición, pronuncie este solemne mentís... v. gr., la señora condesa quisiera hacerlo después de haber examinado esta carta...

PRIN. (*Aparte.*) ¿Dónde vendrá a parar?

CONDE. Leedla vos mismo, ya escuchamos.

KEAN. Disimulad, señor conde; pero un secreto del que depende la felicidad, el porvenir, y tal vez la vida de una mujer, no puede confiarse regularmente sino a otra mujer; porque hai misterios y delicadezas que el corazón de un hombre no alcanza. Permitidme, pues, que deposite únicamente en el de la señora condesa el secreto de miss Ana: si ese secreto me perteneciera, lo pondría de manifiesto en medio del día, para que brillara al sol y resplandeciese a la vista de todo el mundo. Lo único que pido a la señora condesa, es que no lo revele; pues bastará que los demas no ignoren que ella lo sabe, y cuando levantará la voz para decir: «Edmond Kean no es culpable en el rapto de miss Ana,» todos la creerán.

PRIN. ¿Y por mi rango no tengo derecho a esta confianza?

KEAN. Todos los hombres, monseñor, son iguales ante un secreto. Señor conde, os renuevo mi súplica.

CONDE. Si la condesa lo quiere, y creéis ser de la importancia que decís, no tengo inconveniente alguno.

KEAN. ¿La señora condesa se dignará secundar el favor que me otorga el señor conde?

ELENA. Pero no sé si...

KEAN. Os lo ruego.

AMY. (*Cojiéndosele de un brazo.*) Vamos, conde, una vez vuestra mujer sepa el secreto, siendo diplomático, le adivinareis pronto.

PRIN. (*Cojiéndosele del otro.*) Y cuando vos lo sepais, hareis de modo que nosotros lo sepamos tambien; no siendo cosa que se oponga a las instrucciones de vuestro gobierno. (*Le conducen cerca de la chimenea.*)



ELENA. (*Enfrente de la escena, Kean detras de Elena.*) Dadme, pues, esta carta, ya que de su lectura depende vuestra justificación.

KEAN. Tomadla.

ELENA. (*Lce.*) «Esta mañana he tenido el sentimiento de no encontraros en casa. Sin embargo de no tener el honor de que me conozcais, me atrevo a pedirós una entrevista, de la que dependerá sin duda mi felicidad; así confío tener la dicha de veros mañana.—*Ana Damby, a Kean.*»—Está muy bien; pero ¿qué habeis contestado a esta carta?

KEAN. Volved la hoja, señora.

ELENA. (*Lee mientras Kean va a hablar con el principe y el conde.*) «Desearo veros, Elena, y no atreviéndome a escribiros, he aprovechado esta ocasion que se me ha presentado. Los cortos momentos que robais por mí a los que os rodean, os es bien sabido que me pasan con tanta rapidez, que ninguna señal dejan en mi alma, sino la del recuerdo... (*Un momento de pausa.*)

KEAN. (*Que ha vuelto a su lado.*) Dignaos leer hasta lo último.

ELENA. (*Continúa leyendo.*) «Repetidas veces he procurado indagar por qué medio una mujer que me amara de veras, y que estuviera en vuestra situacion, podría sin comprometerse concederme una hora...

»y hé aqui lo que acabo de hallar. »Si esta mujer me amara lo suficiente para concederme esa hora, por la que daría mi vida, pasando por delante del teatro de Drury Lane, podría mandar detener el coche, y entrar con el pretexto de recojer una entrada: el hombre del despacho, que es de toda mi confianza, tiene orden para abrir una puerta secreta que da a mi vestuario, sin que nadie lo sepa, a una mujer vestida de negro y tapada, que tal vez se digne ir a verme allá el día que represente.» Ahí teneis vuestra carta.

KEAN. Os doi un millon de gracias, señora condesa. (*Se inclina.*) Señor conde... milady... monseñor... (*Va a irse.*)

AMY. (*Adelantándose.*) ¿Qué tal, Elena?

PRIN. ¿Qué tal, señora?

CONDE. ¿Qué tal, condesa?

ELENA. (*Con lentitud.*) No habia razon para acusar a Mr. Kean del rapto de mis Ana.

KEAN. Gracias, señora condesa.

PRIN. (*Mirándole cuando se va.*) ¡Ah, Mr. Kean! acabais de representarnos un enigma, cuya solucion os prometo adivinar.

UN CRIADO. (*Entrando.*) Cuando monseñor guste. (*El principe ofrece la mano a la condesa de Kæfeld, el conde a Amy.*)

# ACTO SEGUNDO.

## CUADRO SEGUNDO.

ANA DAMBY.

Salon de la casa de Kean, donde se ve todo el aparato de un banquete. Kean duerme sobre una mesa, teniendo en una mano un cañuto de una pipa turca, y en la otra el gollete de una botella de ron. David está recostado en otra mesa. Tom en el suelo. Bardolfo a caballo de una silla. Botellas vacías en el suelo, y una o dos medio llenas. Una pañoleta cuelga de una percha. La escena es del todo oscura. Salomon entra por una puerta pequeña con Pistol.

### ESCENA PRIMERA.

KEAN, DAVID, TOM, BARDOLFO, *dormidos*;  
SALOMON, PISTOL.

SALOM. (*A media voz.*) Aguárdame aquí, Pistol: el ilustre Kean, el honor de Londres, el sol de Inglaterra, no representó ayer para descansar, y voi a escuchar a la puerta de su cuarto, para saber si está despierto o duerme todavía.

PISTOL. (*Sacando la nariz.*) No lleveis prisa, señor Salomon, porque el tiempo me sobra. Cuando pueda entrar, no teneis mas que apuntármelo por el agujero de la cerradura, y hago mi entrada en dos tiempos sin baimbolear.

SALOM. (*Cerrando la puerta.*) ¡Psits! A duras penas pude lograr de él que se viniera a casa sin pasar por su maldita taberna. Asi es que tenemos una noche de reposo, de tranquilidad, de calma... ¡cosa estraña! segun parece, duerme que es un primor. Ese Newman es mui perezoso; son las

nueve de la mañana, y todavía no ha venido a abrir los postigos. (*Se dirige a una ventana y los abre. Es de dia, y se ve el Támesis. Se vuelve, y viendo el desórden.*) Salomon, amigo mio, tú no eres mas que un necio; mira qué pieza te ha jugado... ¡con hoi van seis veces desde el principio del mes, y cuidado que estamos a siete...! pero ¿con quién celebra semejantes orjías?... con miserables que representan el leon... la muralla... y la clara luna en el sueño de una noche de verano. En verdad que si alguien los encontrara aquí, me avergonzaria por el honor del ilustre Kean... (*Llama.*) ¡Tom!

TOM. (*Despertándose.*) ¿Qué hai?

SALOM. (*A media voz.*) ¡Psits! no desperteis a los demas... quiero deciros, que al venir he encontrado a Juan Ritten, el galan jóven.

TOM. Sí, aquel fátuo.

SALOM. Me ha dicho que venia de vuestra casa, y no habiéndoo encontrado, porque estabais aquí, preguntóme dónde podria veros, y le he



mandado a casa de la jóven Betzy, donde soleis ir.

TOM. Cierto, pero no me gusta que él vaya.

SALOM. Siendo así, es preciso que os deis prisa para cojerle la delantera.

TOM. (*Al irse.*) Gracias, mi viejo.

SALOM. ¿Dejais el sombrero?

TOM. (*Retrocediendo.*) Tienes razon, dámelo. (*Vase.*)

SALOM. ¡Ya tenemos uno despachado!... (*Dirijiéndose a otro.*) ¡David!... ¡David!...

DAVID. (*Rujiendo.*) ¡Hum!

SALOM. ¡Qué bramidos!... Sueña que hace el leon... bien rujido... ¡bravo!... ¡bravo!...

DAVID. ¿Quién me aplaude?

SALOM. No hai cuidado, no es el público.

DAVID. ¿Sois vos, padre Borreas?

SALOM. El mismo, maravillado de encontraros.

DAVID. ¿Por qué?

SALOM. ¿Vivis en Rejent-Street, no es cierto?

DAVID. Número 20.

SALOM. Bueno... pues... queria ir a vuestra casa esta mañana, para deciros que estuvisteis soberbio anoche.

DAVID. ¿De veras?

SALOM. Creedlo. La piel de leon os cae a lasmil maravillas. Pues, como decia, al último de la calle, junto a la fuente, encontré una partida de escoceses... —«Atras,» me dijo el cabo de escuadra. —«¿Y eso?» —«Por el incendio.» —«No le hace, voi a casa de un amigo al otro extremo de la calle, número 20.» —«¿Número 20? pues entonces vuestro amigo tiene otros quehaceres que le impiden recibiros: las llamas devoran su casa...»

DAVID. ¡Será posible! ¡el número 20 ardiendo y no me lo has dicho al instante, miserable!

SALOM. Es que todavia teneis tiempo; porque la casa ardia por abajo, y vos vivis arriba.

DAVID. Eres mas que traidor. (*Vase corriendo.*)

SALOM. Ahora que estamos solos... (*Coje una silla y ve a Bardolfo.*) ¡Ah!

cómo me engañaba! otro que tal... Por lo que toca a ese, no dejará de causar trabajo... porque cuando se echa a dormir, no es para un rato... lo mismo que cuando bebe... (*Llamando.*) ¡Bardolfo! sí, sí... ¡Bardolfo! ¡Bardolfo! amigo mio, un vaso de ponche.

BARD. (*Empezando a despertarse.*) Venga.

SALOM. ¡Vaya una idea que me ha ocurrido! Espera, espera, quiero despertarte enteramente. (*Le da un vaso de agua.*)

BARD. ¡A vuestra salud! (*Bebe.*) ¿Qué me dais aqui, envenenador? (*Pone mala cara.*) ¡Qué asco!

SALOM. Agua del Támesis...

BARD. ¡Agua! ¡qué chanza tan pesada! hubiera podido beberla. Déjame despertar a Kean.

SALOM. ¡Tan temprano!... ya tendreis tiempo para batiros...

BARD. ¿Qué dices de batirnos?

SALOM. ¿No os acordais que debiais i atiros esta mañana?

BARD. ¿Nosotros?

SALOM. Y os prometo que sois vos quien tiene la culpa; porque habeis buscado tres pies al gato y él tiene cuatro.

BARD. ¡Yo!

SALOM. Sí, sí, vos teneis la culpa... pero una vez ofrecido dar una satisfaccion... nada queda que decir.

BARD. ¿Hablas de veras, Salomon?

SALOM. ¿Con que lo habeis olvidado? ¡lo que puede el vino!

BARD. ¿Y con qué armas debemos batirnos?

SALOM. Con la espada.

BARD. ¡Con la espada, con Kean!... dadme un vaso de agua.

SALOM. Esto os estaban diciendo vuestros dos testigos, Tom y David, pero no habeis querido escuchar nada... ¡Teneis el vino espadachin... diantre! Ahora han ido por las armas... la cita es a las diez en Hyde-Park.

BARD. Dime, Salomon... ¿no podria arreglarse este asunto?

SALOM. ¡Imposible! ha mediado el haberse dado una bofetada...

BARD. ¿Quién la ha recibido?

SALOM. ¡Oh! esto no lo sé.

BARD. Habré sido yo... escucha, pues, amigo mio, mi querido Salomon... mi rei de los apuntadores... podria ser que Kean hubiese olvidado esta riña.

SALOM. ¿Pero vos no la recordais?

BARD. Si tal, si tal, que me acuerdo bien haber recibido una bofetada... pero entiendes, si él no se acordara tan bien como yo, y hubiese olvidado... (*Toma su sombrero.*) no le hagais pensar en ello. (*Vase.*)

## ESCENA II.

KEAN, SALOMON, *poco despues* PISTOL.

SALOM. (*Cerrando la puerta.*) ¡Para los tres! si no les hubiese despertado, seguramente bebieran hasta mañana, no habiendo teatro esta noche... En fin, esta vez por lo menos creo que estamos solos. (*Mira por todos lados, y viendo la pañoleta.*) ¡Bendito sea Dios! esto es ya otra cosa... (*Vuelve a mirar, va al dormitorio y abre su puerta.*) ¡Gracias a Dios!... Vamos ahora a reconocer el campo de batalla. (*Examinando las botellas vacias, encuentra dos medio llenas, y las coloca dentro de un armario.*) ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué combate tan desigual! quince contra cuatro... ¡Cuando pienso que tengo aquí a mi vista tendido como un derrengado boxador, al noble, al ilustre, al sublime Kean, al amigo del príncipe de Gales!... al rei de los actores trágicos, pasados, presentes y venideros,... que tiene en este momento el cetro... (*Repara en la botella que Kean tiene por el cuello.*) Cuando digo el cetro me engaño... ¡Dios mio! (*Procura quitarle la botella de la mano: durante este tiempo Kean despierta, y contempla a Salomon como lo hace, mirándose entrambos.*)

KEAN. ¿Qué demonios estás haciendo aquí, Salomon?

SALOM. Ya lo veis, procuro quitar de vuestras manos esta pobre botella que apretais.

KEAN. Creo no haberme acostado

¿he? con todo no estoi fuera de casa, pues si no me engaño he pasado en ella la noche, lo que no sucede muy a menudo...

SALOM. A mas de lo que me prometisteis, porque no solo...

KEAN. Calla, no me reprendas, mi viejo Salomon; fué la clara luna que no queria ponerse, la muralla que se abria de calor, y el leon que, como sabes, es el animal mas inquieto del zodiaco.

SALOM. ¿Creeis que con semejantes noches os restablecereis de vuestras fatigas?

KEAN. ¡Qué! por algunas botellas de Burdeos...

SALOM. (*Tomándole la botella de ron que todavia tiene en la mano.*) ¿Y de cuándo acá las botellas de Burdeos tienen este rótulo? (*Lo lee.*) «Ron de la Jamaica.» ¡Ah, mi amo! ¡mi amo! acabareis por quemar el chaleco de franela que llevais. (*Da un suspiro.*)

KEAN. Tienes razon, mi amigo; esos escesos, esas orjias, conozco que me matan, tienes razon. ¡Pero qué he de hacer, si no puedo cambiar de vida! Escucha, es preciso que un actor conozca todas las pasiones para espre-sarlas con exactitud. Yo las estudio en mí mismo, este es el modo de saberlas de memoria.

PISTOL. (*Desde afuera.*) ¡Señor Salomon!... ¡señor Salomon! ¿Se puede entrar?

KEAN. ¿Quién hai allá?

SALOM. ¡Oh! le habia olvidado. Mi amo, es un pobre muchacho de quien sin duda ya no os acordais, el hijo del viejo Bob, el pequeño Pistol, el saltimbanco.

KEAN. Yo me acuerdo siempre de mis antiguos camaradas. Entra, Pistol, entra.

PISTOL. (*Entreabriendo la puerta.*) ¿De pies o de manos?

KEAN. De pies, porque necesitas tu mano para estrechar la mia.

PISTOL. Esto es demasiado honor para mí.

KEAN. Mi pobre muchacho. ¿Qué tal toda la compañía?

PISTOL. Pasando.

KEAN. ¿Ketty-la-Rubia?

PISTOL. Os ama como antes: ¡pobre niña! no es de admirar, como fuisteis el primer galán de su compañía.

KEAN. ¿El viejo Bob?

PISTOL. Toca siempre la trompeta como un desesperado. Le querian contratar para corneta mayor de un regimiento escoces, con grado de cabo, y él no quiso.

KEAN. ¿Tus hermanos?

PISTOL. Los mas pequeños hacen las tres primeras posiciones del cuerpo, los mayores el salto de Niágara y los medianos bailan sobre la cuerda floja.

KEAN. ¿Y la respetable señora Bob?

PISTOL. Acaba de dar a luz su décimotercero; madre e hijo están buenos.

KEAN. ¿Y tú?...

PISTOL. Yo os he sustituido, habiendo heredado vuestro vestido y espadon: represento el arlequin; pero como no tengo vuestra fuerza...

KEAN. Y ¿vienes a pedirme lecciones, he?

PISTOL. No señor, no... sin embargo, me prometisteis enseñarme el baile de los huevos, que jamas he podido aprender del todo, siempre rompo alguno: ahora los hago endurecer, y asi no se echan a perder, porque los como; pero este no es el objeto de mi venida. Cuando mi padre ha visto que el buen Dios le hacia la gracia de concederle otro hijo, y que ese era el décimotercero, ha dicho: «Mal número llevas.» Advirtiéndome que ha nacido en viernes.—«Será preciso buscarte un grande hombre por padrino.»—«Y ¿quién será este?» ha dicho mi madre, ¿el príncipe de Gales o el rei de Inglaterra?—«Mejor que todo eso, Mr. Kean.»—«¡Oh! bravo! bravo! todos han contestado; solamente hai un inconveniente, y es que él no querrá serlo.»—«Yo os aseguro que sí:» ha dicho Ketty-la-Rubia.—«Ya se vé que sí, si vas a pedirselo tú misma:» ha respondido mi padre.—«Eso no... jamas... ¡ahora dista tanto de nosotros!

¡es tan grande! ¡está tan elevado!...»

—«Pues bien, he dicho yo, venga una escalera de mano, y voi allá.» ¿No es verdad que no me echareis, Mr. Kean?

KEAN. No, por vida de Shakespeare, que fué un titiritero y un saltimbanco como nosotros... no te desecharé, mi querido, y puedes estar seguro que haremos bautizar a tu hermano como a un príncipe.

PISTOL. Es una hermana, pero no importa. Y ¿cuándo será esto, Mr. Kean?

KEAN. Esta tarde si quieres.

PISTOL. Bueno... ¿pero para entonces encontrareis comadre?

KEAN. Ya la tengo

PISTOL. ¿Se puede saber?...

KEAN. Ketty-la-Rubia... ¿crees que no lo aceptará?

PISTOL. ¡Ella no aceptar! ¡pobre joven!... no la conoceis bien; pues será necesario decírselo con precaucion, porque la daria algun desmayo.... ¡Oh, Ketty! ¡pobre Ketty! qué alegría vas a tener. (*Hace un brinco.*)

SALOM. ¿Qué haces, Pistol?

PISTOL. Padre Salomon, yo soi como los pavos, cuando estoi contento, hago la rueda. Pasadlo bien, Mr. Kean.

KEAN. ¿Ya te vas?

PISTOL. Y allá abajo a ver a los que están aguardando, y pensando si querrá, si no querrá, yo les diré: ¡quiere! ¡quiere!

KEAN. Salomon, acompaña a su casa a ese muchacho... y entregarás diez guineas a su madre para la mantilla

PISTOL. No os desdigais, Mr. Kean, porque se derramarian muchas lágrimas si aconteciese esta desgracia.

KEAN. No temas.

PISTOL. (*Volviéndose a entrar.*) Una pregunta... y ¿dónde celebraremos la fiesta?...

KEAN. En casa de Peter Patt, al *Trou-du-Charbon*... ¿sabes?

PISTOL. ¿Si lo sé?... al puerto, a diez pasos del Támesis... donde se reunen los marineros... ya sé, ya sé... Abur, Mr. Kean. (*Vase con Salomon.*)



ESCENA III.

KEAN solo, poco despues UN CRIADO.

KEAN. ¡Buena y respetable familia! familia de patriarcas, hijos del buen Dios! ¡no, yo no olvidaré las horas que he pasado con vosotros! ¡Cuántas veces me he acostado sin cenar, diciendo que no tenia apetito, para dejaros mi parte! Entonces nos parecia tan difícil que una guinea viniera a nuestros bolsillos, como el desprenderse una estrella del cielo. ¿Qué he adelantado en dejaros? ¿y la pobre Ketty no me amaba mas que las nobles señoras que me favorecen hoi dia con sus bondades? (Llaman.) Alguien llama. (Al criado que entra.) ¿Quién hai?

CRiado. Una señorita que dice haberos escrito ayer.

KEAN. Miss Ana Damby... que pase adelante, y se aguarde un momento. (Entra en su alcoba.)

CRiado. (A la señora.) ¿Miss? (Esta entra, y vase el criado.)

ESCENA IV.

MISS ANA cubierta de un velo, KEAN, y despues SALOMON.

ANA. (Sola.) ¡Ya estoy en su casa!... ¿Tendré valor para esplicarle el motivo de esta visita?... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡dadme fuerza, porque yo me siento morir!

KEAN. (Entra con otro vestido.) Miss, me habeis hecho el honor de escribirme. ¿Seré bastante feliz en poderos ser de alguna utilidad, bastante favorecido del cielo en prestaros algun servicio?

ANA. (Aparte.) ¡Oh, esa es su voz! Disimulad mi natural turbacion, caballero, y por modesto que seais no dejareis de conocer que vuestra reputacion, talento e ingenio...

KEAN. Señora...

ANA. Me asustan mucho mas de lo que no me sosiega vuestro recibimiento. Sin embargo, se os tiene por tan

bueno como grande... Si solo fuerais grande, no habria venido a encontraros. (Levántase el velo y siéntanse los dos.)

KEAN. (Haciendo una demostracion.) Me habeis dicho que deseabais de mi un favor, este apetezco prestaroslo, miss; no obstante, no me atrevo a rogaros... ¡Un favor se presta en poco tiempo!

ANA. Os doi mil gracias, caballero: en verdad que espero mucho de vos; se trata de mi felicidad, de mi suerte futura, y quizás de mi vida.

KEAN. ¿Vuestra felicidad? ¡ah! vos llevais en vuestra frente todos las señales felices. ¿Vuestra suerte futura? ¿y qué descrimada profetisa, aunque fuera de las hechiceras de las Macbeth, se atreveria a vaticinaros mas que dichas? ¿Vuestra vida? do quiera que luzca nacerán flores, como si estuvieran debajo los rayos del sol.

ANA. Tal vez los años que me quedan de vida, los lleve mas felices que los pasados, porque aun no hace un cuarto de hora que estaba vacilando entre el venir a veros y el morir.

KEAN. ¡Me haceis estremecer!...

ANA. Un hombre que aborrezco y detesto, a quien hará cosa de un cuarto de hora que todavia estaba prometida, me quiere forzar a casarme con él, valiéndose no de mis padres, ¡ai de mi! ya no les tengo, sino de un tutor, a quien ellos legaron el poder antes de su muerte. Ayer mañana debia realizarse mi infortunio, si no hubiese tenido la locura o inspiracion de abandonar la casa de mi tutor. Huyendo de ella, pregunté por la vuestra, y me he venido.

KEAN. Y ¿a quién debo el honor de que me hayais elejido, ya sea por consejero, ya por defensor?

ANA. A vuestro ejemplo, quien me ha dado a conocer que podria hallar medios decentes y honrosos.

KEAN. ¿Sin duda habeis pensado que el teatro seria uno de ellos?

ANA. Sí; desde mucho tiempo he puesto constantemente los ojos en esta profesion, a ejemplo de miss Siddons,

de miss O'Neil, y tambien de miss Fanni Kemble.

KEAN. ¡Pobre criatura!

ANA. ¡Parece que me compadeceis, y sin embargo no me contestais!

KEAN. Sois tan jóven y tan llena de candor, que cometiera un crimen, aunque me tienen en mal concepto y tal vez con razon, si no os dijera lo que pienso. Permittedme, pues, que os hable como un padre.

ANA. Sí, esto es lo que deseo.

KEAN. Tomad asiento, y nada temais; desde este instante me sois tan sagrada, como si fuerais mi hermana.

ANA. (*Selándose.*) No sé cómo agradeceros tanta bondad.

KEAN. (*En pie.*) La parte dorada de nuestra vida que habeis visto, os ha fascinado: pues bien, yo os haré ver el reverso de esa brillante medalla que lleva dos coronas, una de flores y otra de espinas.

ANA. Os escucho como si Dios me hablara.

KEAN. Tanto vuestro candor como vuestra edad, miss, no dejan de poner algun embarazo en mis proyectos; porque hai cosas que dificilmente puede decir un hombre de mi edad, e igualmente comprender una jóven de la vuestra. Espero que me disimulareis si la declaracion empañase la pureza del pensamiento, ¿no es verdad?

ANA. Creo que Edmond Kean nada dirá de lo que no pueda oír Ana Damby.

KEAN. Kean no debiera decir nada de lo que va a decir a miss Damby, jóven destinada a vivir en la sociedad; pero Kean lo dirá todo, y lo debe decir todo a la jóven artista que le ha otorgado su confianza, haciéndole el honor de venir a su casa para consultarle; y lo que en el primer caso le pareceria una imprudencia, parécele en el segundo un deber.

ANA. Hablad, pues.

KEAN. Nadie puede dudar de que seais hermosa. Esto es alguna cosa, y aun para la carrera que quereis emprender, es mucho... pero no condu-

ce al fin que se desea, miss... la naturaleza ha empezado su obra, falta que el arte la concluya.

ANA. ¡Oh! si vos me dirijís, estudiaré, haré progresos, y adquiriré fama.

KEAN. En cinco o seis años tal vez... porque no creais que se adelante nada sin el tiempo y estudio. Algunos privilegiados nacen con el ingenio... pero como el pedrusco de mármol no nace con la estátua, es precisa la mano de Praxiteles, o de Miguel Anjel, para formar de él una Venus o un Moisés. En verdad supongo, y aun creo, que sois de esas elejidas que en cuatro o cinco años vuestro talento y reputacion, nada tendrán que envidiar de vuestras rivales, porque buscareis únicamente la gloria. ¿Y vuestro inmenso patrimonio?

ANA. Todo lo abandoné cuando dejé la casa de mi tutor.

KEAN. ¿De este modo nada os queda?

ANA. Nada.

KEAN. Aun suponiendo que poseyerais todas las disposiciones necesarias, siempre necesitariais seis meses de estudio antes de vuestras primeras salidas.

ANA. Afortunadamente aprendí en mi juventud toda clase de labor, lo que me puede ganar para comer todo este tiempo. Por otra parte, pertenezco a una clase que se tiene por honrada trabajando; pues el patrimonio de mi familia, bien que considerable en el dia, se debe al comercio. Yo trabajaré.

KEAN Corriente. Transcurrido el plazo de los seis meses de trabajo, aun suponiendo que esteis feliz en vuestras primeras salidas, os ofrecerán en algun teatro cien libras esterlinas al año.

ANA. Para mi vida sencilla y retirada, cien libras esterlinas es una fortuna.

KEAN. Es la cuarta parte de lo que tendreis que invertir nada mas que por los trajes. La seda, el terciopelo y los diamante cuestan mucho, querida miss. ¿Estais dispuesta a vender vuestro amor para adornar vuestra persona?

ANA. Caballero...

KEAN. Disimulad, miss; si me permitis lo diré todo, de lo contrario me callo al momento... cuando salgais de este cuarto para volver a la sociedad, esta conversacion quedará olvidada.

ANA. (*Cubriéndose con el velo.*) Hablad.

KEAN. Sin embargo, quizás tengais la felicidad de encontrar un hombre rico, fino, jeneroso, a quien ameis, y él a vos, quien parta con vos sus bienes... En este caso, se evade el primer peligro... la primera humillacion desaparece... pero, lo repito, sois hermosa... y no conoceis a nuestros periodistas de Inglaterra, miss... Los hai que llenan honrosamente su mision, partidarios de todo lo noble, defensores de todo lo bello, admiradores de todo lo grande... son la gloria de la prensa... los protectores del honor nacional. Pero hai otros, miss, que por la nulidad de su produccion se han metido a criticos... celosos de todo, empañan lo noble, oscurecen lo bello, humillan lo grande. Tal vez uno de esos hombres, por vuestra desgracia, os encuentre hermosa... al dia siguiente pondrá en duda vuestro talento, al otro dia el honor... Siendo inocente, querreis saber la causa... llena de candidez y pureza ireis a su casa, del mismo modo que habeis venido a la mia... le preguntareis el motivo de su odio y los medios para hacerlo cesar... Entonces él dirá, que os habeis enganado en sus intenciones, que vuestro talento le gusta, que él no os aborrece, por el contrario que os ama... Entonces os levantareis, como acabais de hacerlo, y él dira: «Volved a sentaros, señora, sino mañana...»

ANA. ¡Qué horror!

KEAN. Y dado caso que os libreis de esos dos escollos... otro queda todavia... las rivales; porque en el teatro no hai amistad, no hai emulacion, no hai mas que rivalidad, y las vuestras harán lo que Cinmer y otros, que no quiero nombrar, han hecho conmigo. Cada pandilla estenderá sus mil bra-

zos para impediros el subir un grado mas, abrirá sus mil bocas para ponerlos en ridiculo, hará oír sus mil voces para decir mil bienes de sí, y mil tempestades de vos. Vuestras rivales para perderos emplearán medios que despreciareis, pero que os perderán con tales medios... comprarán los elojios e injurias a un precio que nada las costará... pero que sin embargo no querreis pagar... El público indiferente, ignorante, crédulo, que nada sabe de cuán horriblemente se fabrican esas reputaciones y embustes... las tomará por talentos o verdades, a fuerza de oirlas ensalzar o repetir. En fin, aparecerá un dia en que reparareis que la bajeza, la ignorancia y la mediania, lo hacen todo con la intriga; que el estudio, el talento, el ingenio sin la intriga, de nada sirven... Vos no lo querreis creer aun; dudareis algun tiempo todavia... Hasta que por fin, con los ojos arrazados en lágrimas, lleno el corazon de disgusto y el alma de desesperacion, llegareis a maldecir el dia, la hora, el minuto en que os vino esta fatal idea de seguir una gloria que cuesta tan cara, y que produce tan poco... Ahora levantaos el velo, miss, pues he acabado de explicar lo que podia causar rubor.

ANA. ¡Oh, Kean, Kean! ¿cómo lo habeis hecho? ¡Es preciso que hayais padecido mucho!...

KEAN. ¡Sí, yo he padecido mucho! pero menos todavia de lo que debe padecer una mujer.... porque yo soi hombre... y puedo defenderme.... Mi talento pertenece a la critica, es verdad... ella le pisotea, le hace trizas con sus garras... le muerde con sus dientes... este es su derecho, y le usa... Pero cuando alguno de esos aristarcos de café toca mi vida privada, ¡oh! entonces cambia la escena. Yo amenazo y él tiembla. Mui a menudo se ve esgrimir a Hamlet.... por haberse buscado contiendas a Kean.

ANA. ¿Pero todos esos tormentos no quedan recompensados por esta sola palabra que podeis decir: «Yo soi rei?»



KEAN. Sí, soi rei, es verdad... tres o cuatro veces cada semana; rei con un cetro de madera dorada, diamantes de vidrio y una corona de carton: tengo un reino de treinta y cinco pies cuadrados, y una majestad que la hace desvanecer un pequeño silbido. Sí, sí, soi un rei mui respetado, mui poderoso, y sobre todo mui feliz!

ANA. Y cuando todo el mundo os aplaude, os envidia, os admira...

KEAN. Entonces yo blasfemo, maldigo, y hasta llego a envidiar la suerte de un mozo de cordel encorvado por el peso de su carga... de un labrador sudando sobre su arado, y de un marinero recostado sobre la cubierta del navio.

ANA. Y si una mujer jóven, rica y que os amara, os dijera: «Kean, mi fortuna, mi amor son para vos... salud de ese infierno que os abraza... de esa vida que os consume... abandonad al teatro»....

KEAN. ¡Yo! ¡yo abandonar al teatro!... ¡yo! ¡Ah! ¡vos conocéis lo que es esta túnica de Nessus, que no puede despegarse de los hombros sin arrancar la misma carne! ¡yo abandonar al teatro, renunciar a sus sensaciones! ¡yo ceder mi puesto a Kemble y a Macreadi, para que se me olvide al cabo de un año, al cabo de medio tal vez! Acordaos de que el actor no deja recuerdo alguno, que no se piensa en él sino durante su vida, que su fama muere con la jeneracion a que pertenece, que cae de dia y entra en la noche... cae del trono y entra en la nada... ¡No! ¡no! puesto una vez el pié en esta carrera fatal, es preciso seguir-la hasta lo último... apurar sus placeres y sus tormentos, vaciar su copa y su caliz, beber su miel y sus heces... Es preciso acabar como se ha

empezado, morir como se ha vivido... morir como Molière, entre el ruido de los aplausos, de los silbidos y de los bravos!.... Pero cuando todavía es tiempo de no tomar esta carrera, cuando no se ha vencido el primer obstáculo... creedme, miss, es preciso no entrar en ella... creedme, os digo lo que siento.

ANA. Vuestros consejos son órdenes para mí, Mr. Kean... entonces, ¿qué debo hacer?

KEAN. Cuando ayer dejasteis la casa de vuestro tutor, ¿dónde fuisteis a parar?

ANA. A casa de una tia mia, mui buena, y que me quiere como hija suya.

KEAN. Pues bien; es menester que volvais con ella, y pedirla asilo y proteccion.

ANA. ¿Podrá hacerlo por ventura?... lord Mewil es poderoso, y asi que sepa el lugar de mi asilo...

KEAN. La lei es igual para todos miss, tanto para el débil como para el fuerte; escepto para nosotros los cómicos, que estamos fuera de la lei. ¿Vuestra tia vive mui lejos de aqui?

ANA. En Clari-Street.

KEAN. A diez minutos... tomad mi brazo, miss... voi a acompañaros.

SALOM. (*Entrando.*) Su alteza real príncipe de Gales.

ANA. ¡Dios mio!...

KEAN. Di al príncipe que no puedo recibirle, que el trabajo me ha rendido, que duermo.

SALOM. Mi amo, le añadiré que habeis pasado la noche estudiando.

KEAN. No... añádele que la he pasado bebiendo, es mas probable que asi te crea. Vamos, miss.

ANA. ¡Oh, Kean, Kean! me habeis salvado dos veces.

# ACTO TERCERO.

## CUADRO TERCERO.

### LA TABERNA.

Taberna de Peter Pau, al *Trou-du-Charbon*. El foro está separado por dos paredes que forman divisiones; los lados están separados del mismo modo, teniendo cada bebedor un cuarto, aunque en una pieza comun.

#### ESCENA PRIMERA.

JOHN COOKS, atleta a puñadas, con su comitiva de bebedores en el fondo. A la derecha del público EL CONSTABLE leyendo un periódico.

*Primer bebedor.* De modo que se le han llevado sin conocimiento, ¿he?

JOHN. (*Bebiendo un vaso de cerveza.*) Sin conocimiento.

*Segundo bebedor.* ¿Y le rompiste siete dientes?

JOHN. (*Alargando su vaso.*) Siete: tres de arriba, cuatro de abajo, dos colmillos y cinco incisivos.

*Tercer bebedor.* Entonces ha ganado el duque de Sutherland, que hizo la apuesta en tu favor.

JOHN. De antuvion... y que me ha dado una guinea por cada diente roto. De modo que le he prometido beber a su salud... (*Vaciando su vaso.*) Y lo cumplo.

*Primer bebedor.* ¿Y tú no pillaste mas que esa insolacion en el ojo?

JOHN. No mas: esto es cosa de tres dias, hoi negro, mañana azul, pasado mañana amarillo, y se acabó.

#### ESCENA II.

*Dichos,* LORD MEWIL.

LORD. ¿El dueño de la taberna?

PETER. ¿Qué se ofrece a vuestra merced?

LORD. Escuchad, amigo, y no olvidéis lo que voi a encargaros.

PETER. Decid.

LORD. Al anochecer vendrá una jóven, y pedirá un cuarto, la dareis el mejor de la taberna. Entregadle cuanto pida, y servidle como a mi mismo; porque esa jóven está destinada a ser una de las principales señoras de Inglaterra. Tomad para vuestro trabajo. (*Dándole dinero*)

PETER. ¿Teneis algo mas que mandarme, milord?

LORD. Podriais hacerme conocer el patron de algun pequeño buque, pero que sea lijero, y que lo pueda fletar para ocho dias?

PETER. Voi a verlo. (*Llama.*) ¡Jorje! (*Uno de los bebedores vestido de marinero se levanta y colócase en frente la escena.*) Aquí tienes un caballero que



necesita una embarcacion para ocho dias.

JORJE. Para el tiempo que quiera, con tal que nos convengamos.

LORD. ¿Es velera?

JORJE. ¡Oh! la reina Isabel es conocida en el puerto; podeis preguntar a quien querais, si en una hora anda sus ocho millas.

LORD. ¿Y puede llegar hasta aqui?

JORJE. No cala sino tres pies de agua... Desfóndese un tonel de cerveza, y a mi cargo está el conducirla a la sala.

LORD. ¿La podré ver?

JORJE. Está anclada a once minutos de aqui.

LORD. Pues bien, vámonos, y trataremos del asunto por el camino.

JORJE. Con mucho gusto, milord. Aguardad únicamente que acabe la cerveza. (*Bebe, y vase con lord Mewil.*)

*Dichos, menos* JORJE *y* LORD MEWIL.

PETER. Y al otro, ¿cuánto tiempo le será menester?

JOHN. Tres meses largos... Seis semanas de papillas y otras seis de panatela... ahora sabrá lo que es tratar-se con John Cooks.

#### ESCENA IV.

*Los mismos, KEAN vestido de marinero.*

KEAN. ¡Nuestro amor!... ¡Peter Patt!

PETER. ¡Allá voi!... ¡Ah! es vuestra merced.

KEAN. En persona... ¿y la cena?

PETER. Se servirá en la sala principal.

KEAN. ¿Y?...

PETER. ¡Oh! por buena que sea una cosa, nunca lo es bastante para vuestra merced.

KEAN. (*Sentándose a la mesa enfrente del Constable.*) Bueno, entre tanto dame algo para beber.

PETER. ¿Quereis cerveza fuerte de Escocia?

KEAN. Creis que soi algun fiamen-

co?... quiero vino de champaña. (*Vase Peter.*)

JOHN. (*A un bebedor.*) ¿Has oido a ese marinero de agua dulce, que tiene miedo de que la cerveza le deshonne la garganta?

KEAN. (*A Peter que le trae vino.*) ¿Nadie ha llegado todavia?

PETER. Nadie.

KEAN. Ve a ver cómo está la cena que me huele a quemado.

PETER. Está bien. (*Vase.*)

JOHN. Yo he de averiguar quién es ese truhan... Déjame hacer un poco, y reiremos.

*Segundo bebedor.* ¿Qué vas a hacer?

JOHN. Mira, si él bebe un solo vaso del vino de la botella que tiene delante, no quiero llamarme John Cooks. (*Se acerca a Kean con aire burlesco.*) Parece, buen pescador, que no ha habido mucho hielo por la parte del polo, y que la pesca no ha ido mal.

KEAN. (*Mirándole.*) ¿Qué teneis en el ojo?

JOHN. Y que su aceite se convierte en vino de Champaña.

KEAN. Seria menester que os aplicaran cuatro sanguijuelas ahí, mi buen hombre... porque eso podria tener malos resultados.

JOHN. (*Cojiendo el vaso.*) ¿Lo habeis pedido del mejor al menos? (*Bebe, y luego pone el vaso encima de la mesa; Kean le está mirando.*)

KEAN. A no ser que espereis igualar ese ojo con el otro, lo que no será mui dificil si continuais.

JOHN. ¿Vos lo creis?

KEAN. (*Volviendo a ponerse vino.*) Estoy cierto de ello.

JOHN. Volviendo el desquite, ¿he?

KEAN. De balde.

JOHN. (*Cojiendo el vaso y bebiendo.*) A la salud del que paga.

KEAN. (*Quitándose el vestido.*) Gracias, amigo.

JOHN. ¡Hola! parece que poseeis la regla.

KEAN. (*Se quita la chupa.*) Sí, señor, sí.

JOHN. (*Riendo.*) ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

TODOS. ¡Bravo! ¡bravo!

PETER. (*Al entrar, a John.*) ¿Qué estás haciendo, John?

JOHN. Ya lo ves, me preparo.

PETER. (*A Kean.*) ¿Qué hace vuestra merced?

KEAN. Ya lo ves, me prevengo.

PETER. (*A John.*) Mira que no sabes con quien te cortas las uñas.

JOHN. ¿Qué me importa?

PETER. ¡Señor Constable!

CONSTABLE. (*Sobre una silla para ver mejor.*) Déjame lo ver, imbécil.

PETER. Vamos, vamos, reñid, ya que os place. (*Vase.*)

(*Kean y John rinen a puñadas, durante lo cual John recibe un puñetazo en el ojo sano, y cae en los brazos de sus amigos, que le rodean; Kean se pone la chupa y va a sentarse a la mesa.*)

KEAN. Maese.

PETER. Voi.

KEAN. Trae otro vaso.

PETER. Parece que han acabado ya. (*Va a mirar al cuarto del lado.*) Poco ha durado. (*Va por el vaso.*)

CONSTABLE. (*Baja de la silla y va a la mesa de Kean.*) Me permitireis ofrecer mis respetos, señor marino?

KEAN. Me permitireis ofrecer un vaso de este vino de Champaña, señor Constable?

CONSTABLE. (*Tomándolo.*) Acabais de dar un victorioso puñetazo, amigo.

KEAN. Vos me adulais, es un puñetazo de tercer orden, miserable y mezquino: si hubiese apretado el codo ácia el cuerpo, y descargado el brazo de abajo arriba, seguramente que le hubiera roto la cabeza al perillan. (*Peter trae vasos y Kean les echa vino.*)

CONSTABLE. (*Poniendo su vaso encima de la mesa.*) Esa es desgracia de pocos momentos, señor marinero, espere-mos a que otra vez seais todavía mas feliz.

KEAN. He hecho cuanto queria: prometí igualarle el ojo sano con el que tenia ya dañado, y lo he cumplido.

CONSTABLE. ¡Oh! ¡con toda exactitud! yo creo que todavía se lo habeis puesto peor.

KEAN. Parece que sois aficionado, señor Constable.

CONSTABLE. Soi apasionado: no hai en mi distrito una riña a puñadas o un combate de gallos que yo no la vea; adoro a los artistas.

KEAN. ¡De veras! pues si quereis ser uno de mis convidados, os haré conocer uno.

CONSTABLE. ¿Dais una cena?

KEAN. Soi padrino. Mirad, ahí va la madrina, ¿verdad que es bonita? (*Ketty-la-Rubia entra con todos los convidados.*)

CONSTABLE. ¡Preciosa! Voi a dar una vistá por casa, y prevenir a mi mujer que no irá hasta tarde.

KEAN. Ya la podeis decir que no ireis hasta mañana, que es lo mas regular. (*Vase el Constable.*)

## ESCENA V.

KEAN, KETTY-LA-RUBIA.

KEAN. (*Yendo ácia Ketty y abrazándola.*) ¡Ketty!

KETTY. ¡Ah! ¿con que no me habeis olvidado enteramente, Mr. Kean?

KEAN. Y tú, Ketty, ¿te acuerdas siempre del pobre titirero David, aunque haya mudado de nombre, y que en el día se llame Edmond Kean?

KETTY. ¿Cómo podría olvidaros?

KEAN. Y qué has hecho desde que no te habia visto?

KETTY. He recordado el tiempo en que era feliz.

KEAN. Vamos, mi querida Ketty, yo quiero que vuelva aquel tiempo para tí.

KETTY. (*Con tristeza.*) Imposible, Mr. Kean.

KEAN. ¿Acaso tienes amor?

KETTY. (*Bajando los ojos.*) No, señor, no

KEAN. Pero en fin, si esto llegase algun dia, y fucsen necesarios para tu boda algunos centenares de guineas, ven a verme, que yo me encargo de la dote.

KETTY. (*Llorando.*) Yo no me casaré jamas.

KEAN. Vamos, perdóname, Ketty, soi un necio. (*A Pistol que entra.*) ¿Que tal, Pistol, viene el viejo Bob?

## ESCENA VI.

Dichos, PISTOL.

PISTOL. ¡Oh! sí, el viejo Bob está en cama.

KETTY. ¡En cama!

KEAN. ¿Y eso?

PISTOL. Ya vereis qué desgracia... figuraos que habia bajado ya la escalera... estaba soberbio, porque llevaba su sombrero pardo, su gaban, y ya sabeis, Mr. Kean, aquel gran cuello de camisa que le corta las orejas... salimos de casa, y sin haber dado cuatro pasos... «¡Oh! dijo, he olvidado mi trompeta.»—¿Qué quereis hacer de vuestra trompeta?» le respondí.—Les quiero tocar una arieta para divertirles durante los postres.»—Acaso no saben ya todas vuestras arias? guardad la respiracion para otro rato.»—«¿Quereis ir por mi instrumento sin replicar, buena pieza?»—«¡Ya! yo no sé dónde le teneis, id por él vos mismo»... Ya sabeis que el padre Bob tiene el jenio mui pronto... no bien acabé de decir, que me alarga un puntapié... pero como felizmente conozco todos sus movimientos, porque jamas le pierdo de vista cuando hablo con él...

KEAN. Acaba, di que lo has recibido.

PISTOL. Pues no, y esa es la desgracia, hice un brinco de lado.

KEAN. Entonces mejor para tí, si no lo has recibido.

PISTOL. Efectivamente no lo he recibido; pero como él creia hallar resistencia... alguna cosa a la punta de su pié, y el pobre viejo Bob nada encontró, ha perdido el equilibrio, y ha caído de espaldas.

KETTY. ¡Dios mio!

PISTOL. Vamos, no me hables de ello; mas hubiese querido recibir mil puntapiés, que ser la causa de esa desgracia.

KETTY. ¡Dios mio! ¿y se ha lastimado?

PISTOL. (Llorando.) Segun dicen, se ha dislocado un brazo.

KEAN. ¿Habeis ido ya por el médico?

PISTOL. Sí, sí.

KEAN. ¿Y qué ha dicho?

PISTOL. Ha dicho, que en seis semanas al menos no podrá menearse de la cama; y durante este tiempo toda la compañía estará sin comer, porque la trompeta del padre Bob es conocida como el ramo de la taberna de Mr. Peter, que si mañana le quitase, creeriase que ha hecho bancarrota, y nadie entraria mas en ella.

KEAN. ¿No hai otra desgracia que esa?

PISTOL. ¡Ya! me parece que no es poca desgracia el tener que ayunar seis semanas sin estar todavia en cuaresma.

KEAN. ¡Peter!

PETER. ¿Qué se ofrece a vuestra merced?

KEAN. Dame recado de escribir.

KETTY. (Aparte.) ¿Qué hará?

PETER. Aquí teneis.

KEAN. (Escribe.) Encarga a uno de los mozos de tu taberna que lleve esta carta al autor del teatro de Coven-Garden. Le digo que mañana representaré el segundo acto de *Romeo* y el papel de Falstaff, a beneficio de uno de mis antiguos camaradas que se ha dislocado un brazo.

KETTY. ¡Oh, Mr. Kean!

PISTOL. ¡Esto es ser un verdadero amigo, tanto en la fortuna como en la desgracia!

PETER. (Llamando.) ¡Felipe! (Entra un muchacho.)

KEAN. (Le da la carta.) Aguarda la contestacion, ¿estás? Vamos, ¿todo el mundo está preparado?

PISTOL. Sí, sí.

KEAN. Corrientes.

PISTOL. Vámonos, pues, si no haríamos aguardar al vicario.

KEAN. No es precisamente por el vicario quien nos aguardaria, sino por la cena. Peter, te la encargo. (Vase.)

PETER. Descuidad, voi a ver si jira el asador.



## ESCENA VII.

PETER, luego UN DESPENSERO.

PETER. Ya se piensa en la cena, y con cuidado, porque sabemos que sois un goloso, Mr. Kean, y se os tratará como a tal. (*Llama.*) ¡Despensero! ¡despensero!

DESPENSERO. Allá voi.

PETER. Se te encarga de que no se ponga ni una sola gota de agua en las botellas que se servirán a Mr. Kean.

DESPENSERO. ¿Y en las demas?

PETER. En las demas no le hace.

DESPENSERO. Se hará como lo mandais. (*Vase.*)

## ESCENA VIII.

PETER, MISS ANA acompañada de una doncella.

ANA. Señor, quisiera un cuarto.

PETER. Ya está preparado.

ANA. ¡Cómo!

PETER. Sí, se me ha mandado preparar el mejor cuarto de la posada para una señora que vendría esta tarde; creo que esta señora sois vos.

ANA. (*Aparte.*) ¡En todo piensa! Conducidme pronto a ese cuarto, amigo mio, porque estoi temiendo que venga jente.

PETER. ¡Dolly! ¡Dolly! Es aquel, miss, número 1.º (*A la doncella que entra.*) Acompaña a la señora. ¿Deseais algo, miss?

ANA. Gracias, nada necesito. (*Entra en el cuarto.*)

## ESCENA IX.

PETER, SALOMON.

SALOM. Buenas tardes, maese Peter.

PETER. ¡Hola! ¿sois vos, señor Salomon? llegais mui tarde para la iglesia, y mui temprano para la cena. ¿Qué se os ofrece entre tanto?

SALOM. Nada, nuestro amo Peter, absolutamente nada; solamente vengo para hablar a nuestro grande e ilustre

Kean, de un negocio de teatro, de una bagatela nada mas.

PETER. Es igual, de todos modos voi a serviros una botella de cerveza rancia; hablareis con ella mientras aguardais.

SALOM. No me parece mal; el tiempo pasa mejor en compañía de un amigo. Pero así que nuestro gran tráfico vuelva, dile que necesito verle a solas: ¿estás?

PETER. (*Al irse.*) Está bien.

## ESCENA X.

SALOMON, sentado donde lo estaba el Constable.

SALOM. ¡Ah! veamos lo que se dice de nuestra última representación del *Moro de Venecia*. (*Toma un periódico y le traen una botella de cerveza.*) Gracias, amigo... (*Lee.*) «Paris, San Petersburgo, Viena.» — En verdad que es bien fastidioso que llenen los periódicos de noticias políticas de Francia, de Rusia, de Austria; ¿quién se ocupa de una cosa tan poco interesante? ¡Hola! — «Teatro de Drury-Lane, representación del *Moro de Venecia*. Mr. Kean. (*Leyendo.*) La funcion de ayer llamó poca jente...» — Se hubieran despachado quinientas entradas mas a haber lugar en el coliseo. — «La mala eleccion en la funcion.» — Gracias: se representó el *Moro de Venecia* y el *Sueno de una noche de verano*, las dos mejores obras de Shakespeare. — «La mediania de los actores...» — Cabalmente trabajó lo mejor de la compañía, miss O'Neil, mistriss Siddons, Kean, el ilustre Kean. — «La representación furiosa de Kean, que de Otelo hace un salvaje.» — ¿Pues qué quiere que haga de él un pisaverde? (*Mirando la firma del autor del articulo.*) ¡Ah! no es extraño: — «Cooksmán.» — ¡Qué vergüenza! he aqui los hombres que juzgan, que condenan, y que algunas veces no dejan de causar angustias. (*Toma otro periódico.*) ¡Ah! este ya es otra cosa, el articulo es de un camarada, de Mr. Brixon, quien

ha tomado la costumbre de hacérselos el mismo, de miedo que los otros no le hagan justicia. El público ignora todo eso; pero ¡nosotros!... Veamos. — «La funcion de ayer estuvo brillante en Drury-Lane; el coliseo estaba tan lleno, que la mitad de las personas que se presentaron en el despacho no pudieron lograr asiento. La grande y sombría figura de Yago,» — este es su papel: — «ha sido perfectamente espresada por Mr. Brixon.» — Este sabe mas que Merlin. Por otra parte no hace mas que decir mil bienes de sí mismo; cada cual es libre. — «La frialdad del actor encargado de representar Oteló...» — Le encuentra demasiado frio, el otro le encontraba demasiado fuerte: — «ha servido para hacer ver mejor el profundo papel de nuestro célebre... (*Arroja el periódico.*) ¡Esto no son mas que chismes y enredos! ¡Dios mio! ¡cuán feliz soy en no ser sino un pobre apuntador!

## ESCENA XI.

KEAN, SALOMON.

KEAN. ¿Qué cosa tan urgente tienes que decirme, Salomon? ¿y por qué no vas a sentarte a la mesa?

SALOM. No he venido para cenar, no tengo hambre, sino para deciros que el ladron del judío Samuel, el joyero, ha obtenido una orden de arresto contra vos por la letra de cuatrocientas libras esterlinas; de modo que los esbirros están en casa.

KEAN. ¿Qué me importa? yo estoy en la taberna.

SALOM. Es que han dicho que se aguardarán hasta que vayais.

KEAN. En este caso, Salomon, ¿sabes lo que haré?

SALOM. No.

KEAN. No volveré.

SALOM. ¡Mi amo!

KEAN. ¿Qué me falta aquí? buen vino, buena mesa, crédito abierto e inagotable, amigos que me quieren, haciéndome olvidar del mundo entero. Deja que los esbirros se fastidien

en casa, mientras nos divertimos en la taberna. Veremos quién se cansará primero.

## ESCENA XII.

Dichos, ANA.

ANA. (*Entra con viveza.*) Mr. Kean, Mr. Kean, he oido vuestra voz.

KEAN. ¡Qué miro! ¡Miss Ana! ¡vos en una taberna en el puerto! Disimulado, pero los derechos que me disteis a vuestra confianza, me permiten dirijiros esta pregunta. En nombre del cielo, ¿qué venis a hacer aquí? ¿quiéu os ha conducido? Salomon, amigo mio... ve a decir que entre tanto se sienten a la mesa.

ANA. ¡Oh! ahora que estamos solos, esplicaos, Mr. Kean.

KEAN. Pero vos, miss, decid, ¿quiéu ha hecho que vinierais a un paraje como este... a una taberna?

ANA. Vuestra carta.

KEAN. ¿Mi carta? yo no he tenido el honor de escribiros.

ANA. ¿Vos no me habeis escrito que mi libertad se hallaba comprometida, y que era preciso que abandonase la casa de mi tia, por que se debía...? ¡Ah! aquí tengo la carta, tomadla.

KEAN. No me queda la menor duda de que esto cobija alguna infamia. (*Examina la carta.*) Aunque han procurado imitar mi letra, con todo, no es la mia.

ANA. No importa, leedla, ella os esplicará el motivo de mi venida, y la alegría que he experimentado al veros. Leedla, leedla.

KEAN. (*Lee.*) «Miss, os han observado cuando entrabais y saliais de mi casa, os han acechado los pasos, y se ha descubierto el lugar de vuestra morada; de consiguiente, para arrancaros de esa se está solicitando una orden que no dudo la obtendrán. No os queda mas que un medio para escapar de vuestros enemigos: id esta tarde al puerto, y pedid por la taberna del *Trou-du-Charbon*. Un hombre enmascarado irá a buscaros, se-

»guirle con toda confianza; él os conducirá a un lugar, donde estareis conmigo al abrigo de toda pesquisa. »No temais nada, miss, y concededme toda vuestra confianza, porque tengo para con vos no menos respeto que amor.—*Edmond Kean.*»

«Tanto a vos como a mí no se nos pierde de vista; por ese motivo no voy yo mismo a suplicaros que toméis esta resolución, la única que puede salvarnos.»

ANA. Ahí teneis el motivo de mi conducta, Mr. Kean; no necesito daros otro. Creí que esta carta era vuestra, en vos me he fiado, y me he venido.

KEAN. ¡Oh, miss, miss! doi infinitas gracias a la casualidad, o mas bien a la Providencia, que me haya conducido aqui. Escuchad, miss: hai aqui un infame misterio que voi a descubrir, estoi cierto de ello, cuyo autor se arrepentirá. Pero en la situacion en que nos hallamos, y para sostenerme en la lucha que voi a empeñar, conviene que me lo digais todo, miss; que no tengais ningun secreto para conmigo; que os conozca como a una hermana, porque voi a defenderos, se lo juro al mismo Dios, como si fuerais de mi mas cercana y querida familia.

ANA. ¡Oh! estando con vos, cerca de vos, nada temo.

KEAN. Sin embargo, temblais toda, miss.

ANA. ¡Oh! Mr. Kean, vos sois quien me preguntais... y cabalmente a vos no os lo puedo decir todo.

KEAN. ¿Y qué puede tener reservado un corazon virgen como el vuestro, miss? Habladme como si lo hicierais a vuestro mejor amigo, a vuestro hermano.

ANA. ¿Y cómo me atreveré despues a miraros?

KEAN. Escuchad, miss, porque quiero preveniros... quiero rasgar el velo debajo el cual encubris vuestro secreto... Acostumbrados como lo estamos los de mi profesion a producir de nuevo todos los sentimientos hu-

manos, nuestro incesable estudio debe consistir en ir a sacarlos de lo mas profundo del pensamiento... Pues bien, yo he creído conocer el vuestro... acaso me enganaré... pero vuestro odio para con lord Mewil proviene de un sentimiento diametralmente opuesto para con otro.

ANA. Si, sí... no os habeis engañado... pero yo no puedo remediarlo: he sido arrastrada por una rara fatalidad, a la que ninguna mujer hubiera podido resistir... ¡Oh! ¿por qué no me dejaron morir?

KEAN. ¿Morir?... ¡tan jóven!... ¡tan hermosa! y ¿por qué queriais morir?

ANA. No era yo quien queria dejar la vida, sino Dios, que parecia reprobarme. Una melancolia profunda, un amargo disgusto de la existencia, se apoderaron de mí... mi cuerpo falto de fuerza, mi pecho de aire, mis ojos de luz, sentíame desfallecer, sentíame arrebatada ácia la muerte, sin socorro, sin tormentos, y aun sin temor; porque no espermenté ningun deseo de vivir... nada deseaba... nada esperaba... nada amaba... Mi tutor consultó a los facultativos mas peritos de Londres, y todos convinieron en que mis padecimientos no tenian remedio; que estaba atacada de esa enfermedad de nuestro pais que frustra toda ciencia. Entre los médicos, uno preguntó si en mi infancia acostumbré ir al teatro. Mi tutor respondió, que educada severamente en un colegio, siempre se me habia prohibido semejante diversion... Entonces se lo indicó como único recurso... Mi tutor hizo la prueba el mismo dia; mandó tomar un paleo, y a la tarde me dijo que iriamos a pasar la noche a Drury-Lane; apenas pude oir lo que me decia. Tomé su brazo cuando me lo pidió, y subí al coche... Dejéme dirigir maquinalmente, tomando en algun modo por su cuenta las personas que me acompañaban, el sentir, el pesar, el vivir por mí... Entré en el coliseo... y mi primera sensacion fué casi la del dolor... ofuscábase la vista por el resplandor de tantas lu-



ces, y podía respirar apenas, a causa de la atmósfera tan caliente y perfumada... mi sangre toda se estancó en mi corazón, e iba ya a padecer deliquio... cuando sentí un poco de fresco, porque acababan de levantar el telón. Me volví de improviso, buscando aire para respirar... cuando oigo una voz.. ¡oh!... que retumbó en lo más íntimo de mi corazón... conmovió súbitamente toda mi existencia... Esa voz recitaba con tanta melodía versos que jamás había oído, palabras de amor que jamás creyera que labios humanos pudiesen pronunciar... Mi alma entera pasó en mi vista y oído... quedé muda como la estatua de la admiración: miré... escuché... representaban *Romeo*.

KEAN. Y ¿quién representaba *Romeo*?

ANA. La noche pasóseme en un instante, sin respirar, sin hablar... sin aplaudir... Volví a la casa de mi tutor, indiferente como siempre, y silenciosa para con todos, pero con el corazón rebosando de alegría. Al día siguiente mi tutor llevóme a la representación del *Moro de Venecia*... donde fui con todos los recuerdos de *Romeo*... ¡Oh! esa vez no fué la misma voz, no fué el mismo amor, no fué el mismo hombre... pero sí el mismo enajenamiento... la misma felicidad... el mismo embeleso... Esa vez ya pude hablar... ya pude decir: «¡Qué hermoso!... ¡qué grande!... ¡qué sublime!»

KEAN. Y ¿quién representaba *Otelo*?

ANA. La mañana siguiente yo misma pregunté si iríamos a *Drury-Lane*. Durante un año seguramente fué la vez primera que manifesté tener un deseo, el que me fué satisfecho por la noche, volviendo al palacio de los hechizos y encantos: busqué en él la melancólica y apacible figura de *Romeo*... la atezada y ardiente frente del moro... y encontré la sombría y pálida cabeza de *Hamlet*... ¡Oh! esa vez todas las sensaciones que había percibido, por espacio de tres días, estallaron a la vez en mi corazón; de-

masiado lleno para contenerlas... aplaudí con las mayores demostraciones de alegría... y las lágrimas inundaban mi rostro.

KEAN. Y ¿quién representaba *Hamlet*, Ana?

ANA. *Romeo* lízome conocer el amor, *Otelo* los celos... *Hamlet* la desesperación... esta triple iniciación perfeccionó mi ser... Yo penaba sin violencia, sin deseos, sin esperanza... vació el corazón... mi alma había desaparecido ya de él, o más bien no había estado aun... el alma del actor pasó a mi pecho, y únicamente desde ese día empecé a respirar, a sentir, a vivir.

KEAN. Pero, miss, no me habeis dicho todavía cuál fué el hombre que produjo en vos esta mudanza; que *Prometeo* encendió el alma estinguida, y quién fué el Cristo que resucitó la joven muerta ya en la tumba.

ANA. ¡Oh! he aquí el nombre que no me atrevo a pronunciar... de miedo de no poderos mirar ya más.

KEAN. Ana, ¿será posible? ¿es cierto?... ¡Cuán desgraciado soi!...

ANA. (Con espanto.) ¿Qué decis?

KEAN. Nada... nada. No podeis comprenderlo, Ana... talvez os lo confiese algún día... mas tarde... Pero ahora no pensemos mas que en vos, querida hermana.

ANA. ¡Kean, hermano mio... querido amigo!...

KEAN. Volvamos a esta carta... porque ahora que lo sé todo, no hai que perder un instante.

ANA. Pero primero desearia saber cómo habeis venido aquí con ese traje.

KEAN. Padrino de una criatura de jente pobre que conocí en otro tiempo, he creído que este vestido les daría mas libertad para hablar conmigo, igualándome a ellos... como veis. Pero hablemos de otra cosa... ¿Ese hombre enmascarado no ha venido?

ANA. Todavía no.

KEAN. ¿En ese caso va a venir?

ANA. Sin duda.

KEAN. (Llamando.) ¡Peter!

ANA. ¿Qué vais a hacer?

KEAN. (A Peter que entra.) ¿Está por ahí el Constable?

PETER. Está en la sala principal aguardando con los demás convidados.

KEAN. Dile que tenga la bondad de venir.

ANA. ¡Oh! Kean, vos me espantais.

KEAN. ¿Qué podeis tener?

ANA. No temo por mí... únicamente por vos.

KEAN. No temais. ¡Ah! venid, señor Constable... Aquí tenéis a miss Ana Damby, una de las primeras herederas de Londres, a la que quieren violentar para la elección de esposo: os he llamado para confiároslo. Esta misión es noble y grande, señor Constable... Salvad a esa jóven.

CONSTABLE. ¡Qué mudanza!... ¿Quién sois vos que reclama mi ministerio con tanta confianza como autoridad?

KEAN. Poco importa saber quién es el que reclama la protección de la ley, porque esta es igual para todos... porque la justicia lleva una venda que le tapa los ojos, y tan solo tiene abierto el oído. Pero si quereis saber quien soy, os lo diré; soy el actor Kean. Habeis dicho que queriais a los artistas, y yo os he prometido haceros conocer uno... ya veis que engo palabra.

CONSTABLE. ¿Cómo no os he reconocido, yo que os he visto representar tantas veces, y que soi de vuestros más entusiastas admiradores? Señora, ¡ilplorais mi protección?

ANA. De rodillas.

CONSTABLE. Descuidad, señorita; decidme únicamente de qué modo...

KEAN. Ana, entrad en ese cuarto con el señor Constable, y contádselo todo. Por lo que a mí toca, es preciso que me quede solo aquí... aguardando.

ANA. Kean, sobre todo prudencia.

KEAN. Id sin temor. En cuanto a vosotros señor Constable, esto no almorará en nada nuestro convite, y os prometo que cenaremos con toda alegría. (Vase Ana y el Constable.)

### ESCENA XIII.

KEAN solo.

KEAN. ¡Oh, qué cosa tan rara! ¡Pobre Ana! ¡hacerte padecer de ese modo... perseguirte... siendo tan jóven y tan delicada, que no puedes resistir el menor soplo, y pálida todavía de esa enfermedad mortal, de la que apenas te has salvado! Cuando pienso que habia mil casualidades para no encontrarme aquí, y que iba a cometerse un rapto en nombre mio... ¡Ah! he aquí, pues, por qué aun antes que viese a miss Ana, se ha esparcido tan rápidamente y de un modo tan extraño que yo la habia robado. Yo debia encubrir a un lord arruinado, que quiere rehacer su fortuna... pero yo estoi aquí, miss Ana está bien guardada en ese cuarto... ¡Ah! parece que alguien se acerca... ¡Vive Dios! es él... Ya desconfiaba de su venida.

### ESCENA XIV.

KEAN, *sentado*, LORD MEWIL, *con máscara*. (Es de noche.)

LORD. ¡Ella ha venido! (A Kean.) Disimulad, amigo mio, quisiera pasar.

KEAN. Disimulad, milord; vos no pasareis.

LORD. ¿Podeis decirme por qué razon?

KEAN. Porque no estamos en tiempo ni época en que se viaje con máscara... Es moda perdida en Inglaterra desde el reinado de Maria la Católica.

LORD. Puede uno hallarse en circunstancias en que le sea preciso cubrir su rostro.

KEAN. Un hombre de bien y un proyecto noble van siempre a cara descubierta, milord... (Levantándose.) Vuestro proyecto le conozco ya, y es un proyecto infame. En cuanto a quien sois, lo conoceré al instante, y sabré lo que debo pensar, como de vuestro proyecto, milord; porque si no os quitais la mascarilla, juro por



lo mas sagrado que os la arrancaré, y esto al momento: ¿lo ois, milord?

LORD. ¡Caballero!...

KEAN. (*Lord Mewil hace un movimiento para irse, Kean le coje del brazo derecho con la mano izquierda.*) ¡Oh! vos no saldreis, yo os lo digo... todavia tenéis una mano libre, milord... servios de ella para quitaros la mascarilla... y creedme; no permitais que la mia llegue a vuestro rostro.

LORD. (*Queriendo soltar su brazo.*) Oh! esto ya es demasiado; yo sabré quien es el osado que me ultraja.

KEAN. Y yo quien es el cobarde que quiere huir. (*Le quita la mascarilla.*) Entrad... entrad todos... y con luces, para que podamos reconocer aquí... (*Todos entran.*)

LORD. ¡Kean!...

KEAN. ¡Lord Mewil! no me habia engañado.

LORD. Esto es un convalache.

KEAN. No, milord, porque la cosa quedará entre nosotros; pero como me habeis insultado, e insultado gravemente, sirviéndoos de mi nombre para cometer una vileza... me dareis satisfaccion, y asunto concluido.

LORD. En esto solo hai una dificultad, y es que un lord, un noble, un par de Inglaterra... no puede batirse con un titiritero, un saltimbanco, un bufon.

KEAN. Sí, tenéis razon, media demasiada distancia entre nosotros. Lord Mewil es un hombre honrado, que pertenece a una de las principales familias de Inglaterra... a una rica y antigua nobleza... si no me engaño. Bien es verdad que Lord Mewil ha consumido la fortuna de sus padres en juegos de naipes y dados, en apuestas de gallos y en corridas de caballos... bien es verdad que su escudo de armas está empañado con el hábito dé su vida relajada y de sus acciones indignas... y que en lugar de elevarse, ha descendido siempre.

Mientras que el titiritero Kean ha salido de la clase mas oscura, ha sido espuesto en la plaza pública, y habiendo comenzado sin nombre y

sin fortuna, se ha adquirido un nombre igual al mas noble, y una fortuna, que el dia que quiera podrá rivalizar con la del principe real... Esto no impide que lord Mewil sea un hombre honrado, y Kean un titiritero.

Bien es verdad que lord Mewil ha querido restablecer su fortuna en detrimento de la de una jóven hermosa y sin amparo... que sin reparar en que ella fuese de una clase inferior a la suya, la ha fastidiado con su amor... perseguido con sus pretensiones, arruinado con su influjo.

Mientras que el saltimbanco Kean ha ofrecido proteccion a la fujitiva que ha venido a pedírsela; que la ha recibido en su casa como un hermano habria recibido a una hermana, y que la ha dejado salir de ella tan pura como entró... aunque ella fuese hermosa... jóven y sin amparo... Esto no impide que Mewil sea un lord... y Kean un saltimbanco...

Bien es verdad que lord Mewil, par de Inglaterra, tiene su asiento en la cámara superior, hace y deshace las leyes de nuestra antigua Inglaterra, lleva una corona condal en su coche, y una capa de par sobre sus hombros, y que en diciendo su nombre, ve abrir delante de él las puertas del palacio de nuestros reyes... esto hace, que algunas veces lord Mewil, cuando se digna bajar entre el pueblo, cambie de nombre, sea que tenga vergüenza del de sus abuelos, sea que no quiera empañarlo... entonces toma el de un titiritero y de un saltimbanco, y firma una carta con ese nombre falso... Esa accion merece un presidio y galeras... nada mas... ni menos... ¿lo ois, milord?

Mientras que el bufon Kean anda con la cara descubierta, y en alta voz dice su nombre; porque el lustre de su nombre no le viene de sus abuelos, no; mientras que el bufon Kean quita la mascarilla a todo rostro, tanto en el teatro como en la taberna, y fuerte con la lei que ha recibido, la invoca contra la que ha hecho... Y cuando el bufon Kean

ofrece a lord Mewil no decir nada de todo esto, con tal que le dé satisfaccion de un insulto, del que la sociedad podria pedirle justicia... lord Mewil contesta que no puede batirse con un titiritero, un saltimbanco, un bufon: ¡oh! por mi nombre está bien contestado, porque media demasiada distancia entre éstos dos hombres.

¡Milord! én todo eso no habeis olvidado mas que tres cosas: la primera es que yo podria denunciar vuestro atentado a la justicia, y entregaros a ella. La segunda es que hai insultos como ese, que marcan la frente de un hombre como un hierro candente el

hombro de un galeote, y que yo podria haceros uno de esos insultos. La tercera es que estais encerrado aqui en mi poder, a mi disposicion, y que podria anonadaros con mis manos... como lo haria con este vaso... (*Riendo.*) ¡Ah! ¡ah! ¡ah! si no estimara mas servirme de él para echar un brindis... Echa vino, Peter; a la felicidad de miss Ana Damby, a su libre eleccion de esposo, y pueda este esposo darla toda la felicidad que merece, y que yo la deseo.

TODOS. Viva Mr. Kean.

KEAN. Ahora, milord, ya podeis marcharos.

---

## ACTO CUARTO.

---

### CUADRO CUARTO.

#### EL VESTUARIO DE KEAN.

---

La escena es en el vestuario de Kean.

---

#### ESCENA PRIMERA.

PISTOL, SALOMON, *preparando vasos de agua con azúcar.*

PISTOL. Padre Salomon, ¿soi indiscreto si os pregunto qué estais haciendo?

SALOM. Preparo un vaso de agua con azúcar.

PISTOL. Lo mismo hace el padre Bob; siempre ha de hacer gárgaras en los entreactos... solamente que las hace con ron.

SALOM. Mira, si no tuviera que preparar dos, habria tambien para nosotros; pero a mí nada me corresponde:

de vez en cuando bebo un vaso de ponche; pero no pasa de aquí.

PISTOL. Haceis muy bien... (*Mirando dentro de un armario.*) ¿Qué son todos esos trapos?

SALOM. ¡Cómo tunante! ¿tú llamas trapos a los trajes magníficos!

PISTOL. ¡Trajes de oro!... realmente de ahí dentro vale algunos chelines.

SALOM. (*Poniéndose hinchado.*) Tenemos un guardaropa que vale nada menos que dos mil libras esterlinas.

PISTOL. ¿Entonces valdrá mas que el del rei? Padre Salomon, aquí hai una puerta.

SALOM. ¡Psits...!

PISTOL. ¡Oh! es que es una puerta.

SALOM. ¡Psits...!

PISTOL. ¿Lo sabe ya Mr. Kean? Lo digo porque por aquí podrían venir a robarle... y aunque parezca que no se abra, mirad... (*La abre*).

SALOM. Pero... ¿cómo lo has hecho, diablo?

PISTOL. Toma, con la punta de un cuchillo.

SALOM. Si Mr. Kean supiera lo que acabas de hacer...

PISTOL. ¿Se enfadaria? ... en ese caso no se lo digais... Supongamos que nada he visto, que no hai puerta alguna... ¿dónde está la puerta? ¿quién ha dicho habia tal puerta?... yo no; sois vos, padre Salomon. ¡Qué farsante!...

SALOM. Basta... ¿Tendremos buena entrada esta noche?

PISTOL. ¡Yo lo creo!... He paseado un cuarto de hora por el corredor del teatro...

SALOM. Y ¿en qué pensabas?

PISTOL. Pensaba en que del dinero de los bolsillos de la jente que allí habia, habria para los del padre Bob... ¡Es feliz el padre Bob!... Jamas tendré la dicha que me venga una desgracia como la suya.

SALOM. Que viene Kean.

PISTOL. Me marchó (*Vase*).

## ESCENA II.

SALOMON, KEAN, *tirando su sombrero*.

SALOM. (*Aparte*.) ¡Oh! Pistol ha hecho muy bien en alargarse, porque hai tormenta.

KEAN. ¡Salomon!

SALOM. ¿Mi amo?

KEAN. Estenderás en este tablado una piel de león... una de tigre... una alfombra... lo que quisieres, poco me importa...

SALOM. ¿Qué quereis hacer?

KEAN. Los volatines.

SALOM. (*Admirado*.) ¿Los volatines?

KEAN. Así empecé en la plaza de Dublin... y veo que me será preciso tomar otra vez mi primer oficio. Te

encargo que se pongan carteles en las cuatro esquinas de Londres, anunciando que Kean el payaso hará los volatines en Rejent-Street y en San Jaime, a cinco guineas por asiento: de este modo en cinco dias hago una fortuna real, porque todo el mundo querrá ver como Hamlet anda de manos, y como Otelo hace el salto de carpa... Mientras que en este maldito teatro... aun con la ayuda de Shakspeare necesitaria años enteros, y al paso que llevo, cuantos mas años pase, mas me iré adeudando, y luego... a morir en una honrosa miseria al interior de alguna villa de Devoushire, entre un pedazo de buel salado y una botella de cerveza. ¡Oh! ¡la gloria! ¡el jenio! ¡el arte! ¡el arte! Vampiro muriendo de hambre, esqueleto trashijado, al que echamos una capa de oro sobre los hombros, y le adoramos como un Dios. ¡Todavía puedo ser tu victima... pero no seré ya mas tu juguete!

SALOM. ¿Qué ocurre, mi amo?

KEAN. ¿Sabes lo que ocurre? que mi casa está cercada de esbirros, y que he pasado toda la mañana en mi coche, despues de pasar toda la noche en la taberna... lo que me dispone perfectamente para que hoy me lleve una buena silba... y todo eso por una misera letra de cuatrocientas libras esterlinas. Venme a decir aun que soi el primer actor de Inglaterra, y que no cambiáras mi posicion por la del príndipe de Gales... ¡vil adulador!...

SALOM. Pero tambien es por culpa vuestra... si quisierais tener arreglo.

KEAN. ¡Tener arreglo!... ¿y en qué vendrá a parar el jenio cuando tendré arreglo?... En una vida ajitada, en una vida ocupada como la que llevo, ¿tengo por ventura tiempo de calcular minuto por minuto, y libra por libra, lo que tengo que invertir para la vida, y el dinero que puedo desperdiciar? ¡Oh! si Dios me hubiese concedido esta honrada facultad, en este momento seria yo un mercader de telas en la ciudad, y no un mercader



de versos en Coven-Garden y en Drury-Lane.

SALOM. Pero volviendo a esas cuatrocientas libras esterlinas, paréceme que podriais, segun el ingreso de esta noche...

KEAN. ¿Me pertenecerá a mí por ventura?... El ingreso es de esas buenas jentes, ¿y tú quieres que haga pagarles el favor que les hago? Este es un consejo de nada, señor Salomon.

SALOM. Conozco que no me habeis comprendido, mi amo... dentro de tres o cuatro dias se las volveriais.

KEAN. Yo... prestar a unos saltimbancos... yo, Kean... ¿no quieres decir esto? Déjame

SALOM. Disimulad, mi amo... yo...

KEAN. ¡Está bien!... ¡está bien! ve a repasar mi papel, y cuidado que yo no olvido una sola palabra.

SALOM. Sí, mi amo.

KEAN. Despues tendrás que hacer algo conmigo... mi buen Salomon... mi antiguo camarada... mi único amigo.

SALOM. Vamos, vamos, parece que ha pasado ya la tempestad.

KEAN. No hai duda: ¿acaso no soi yo el májico Próspero?... tendiendo mi varilla, ¿no puedo causar la calma o la tempestad?... ¿llamar a Caliban o a Ariel? Vete, pues, Caliban, que aguardo a Ariel.

SALOM. ¡Oh! esto es otra cosa; ¿por qué no me lo deciais inmediatamente?... Me marchó, mi amo, me marchó. (*Retrocediendo.*) A propósito, mi amo, no olvideis que esta noche nos tocan seis actos. (*Vase.*)

### ESCENA III.

KEAN solo.

KEAN. Hombre bueno y excelente, amigo sincero y fiel, para quien mi alma no tiene secretos, espejo de mi dolor y de mi vanidad... tú que no te me acercas sino para acariciarme como lo hace el perro a su amo, y que por paga de tu amistad no recibes

mas que palabras duras y acciones descorteses, yo mandaré grabar tu nombre con letras de oro sobre mi tumba, y se sabrá que Kean no tuvo mas que dos amigos, su leon y tú; ¡mi pobre Ibrain! Este se entenderia con mis acreedores... por la noche no tenia que hacer mas que poner un tapiz delante de la puerta de mi cuarto, y podia descansar con toda tranquilidad. Me parece que anda alguno en el pasadizo... no me engañé... ¿Si será ella? (*Corre a la puerta por donde se ha ido Salomon y la cierra.*)

### ESCENA V.

KEAN, ELENA.

KEAN. ¡Elena!

ELENA. ¡Kean!

KEAN. ¿Con qué es verdad que sois vos?...

ELENA. (*Volviéndose.*) Espérame, Guida... no tardaré mucho.

KEAN. ¿Estais bien segura de esa mujer?

ELENA. Como de mi misma; es tambien veneciana.

KEAN. ¡Con que habeis venido!... ¡oh! yo os aguardaba, pero no creia que vinierais.

ELENA. Al propio tiempo que os doi las gracias... ¿no he de quejarme de vos por alguna cosa? ¡Qué imprudencia!

KEAN. ¡Quereis que ahora me arrepiente de haberla cometido?

ELENA. ¿Quién os dice que hayais de arrepentiros?...

KEAN. ¡Con que habeis venido!... ¡oh!... ¡en verdad que no puedo creer tanta felicidad!

ELENA. ¿Ahora creeis en mi amor?

KEAN. Sí, sí, creo en él

ELENA. Así son todos los hombres, siempre injustos: no les basta que las mujeres les confien el honor, es preciso mas, que se espongan a perderlo por ellos.

KEAN. ¡Oh! no, no... pero poneos por un instante en lugar de un pobre paria... que ve andar a su alrededor

a la sociedad entera, y que, como un delirante, se siente encadenado en su puesto, y se ve obligado a fijar su codiciosa vista ácia esos jardines encantados, donde ve que seres privilegiados recojen los frutos de los que él tiene sed... ¡Oh! preciso es, pues, que se venga a nosotros, ya que no podemos ir a los demas.

ELENA. Y como no me será dado venir tan amenudo como desearia... he querido que al menos en mi ausencia por este retrato os acordeis de mí.

KEAN. ¡Vuestro retrato!... Elena, ¿lo habeis mandado hacer para mí?... Sí, aqui está... mas ¡ai! ¡vos sois mucho mas hermosa!

ELENA. ¿No lo quereis?

KEAN. ¡Oh! sí, sí, lo quiero... ¡aquí... aquí... siempre en mi corazón!

ELENA. ¿Me amais?

KEAN. ¿Y me lo preguntais?

ELENA. (*Tomándole de la mano.*) ¡Ote-lo mio!

KEAN. ¡Oh! lo has dicho perfectamente, porque soi celoso como el moro de Venecia: ¿lo ois, Edelmira?

ELENA. ¡Celoso!... ¡buen Dios! ¿y de quién?

KEAN. Ya lo sabeis.

ELENA. Os juro que no.

KEAN. No, no jureis, porque no creeria mas en vuestros juramentos: las mujeres tienen un instinto que las dice que un hombre las ama mucho antes que él mismo se lo declare.

ELENA. Muchos son los petimetres que me hacen la corte.

KEAN. Ya lo sé, y sin embargo tan solo a un hombre temo.

ELENA. ¿Temeis a alguien?

KEAN. Debiera decir que temo a su representacion, a su rango...

ELENA. Ya veo de quién hablais... del príncipe de Gales.

KEAN. Sí... no temo que le ameis; temo solamente que se le tenga en ese concepto.

ELENA. Pues ¿qué quereis que haga? él dice, no que vaya a verme a mí, sino a mi marido.

KEAN. Ya lo sé, y esto es lo que me atormenta. En vuestra casa, en el pa-

seo, en el teatro, siempre a vuestro lado. ¿Cómo quereis que se crea que el príncipe mas rico, mas noble, mas poderoso de Inglaterra despues del rei, ame sin esperanza... sabiéndose de positivo que no es esta su costumbre?... ¡Oh! cuando le veo cerca de vos, Elena, me vuelvo loco.

ELENA. ¿Quereis que no venga a ver la funcion esta noche?

KEAN. Al contrario... os suplico que vengais... si no vinierais, y por casualidad él tampoco, entonces, entonces creia que estabais juntos.

ELENA. ¡Qué insensato sois en creeros semejantes sospechas!

KEAN. Nosotros debemos ser siempre infelices... ¡Ah! infelices si no somos amados... infelices si lo somos. Elena, Elena, (*Cae a sus pies*) tenedme compasion... perdonadme.

ELENA. ¿Y de qué quereis que os tenga compasion, caviloso?... ¿que quereis que os perdone, celoso?

KEAN. Perdonadme el haber pasado estos instantes que me habeis concedido en atormentaros y en atormentarme a mí mismo, en lugar de emplearlos en deciros que os amo, y repetiroslo mil veces. (*Se oyen golpes en la puerta.*)

ELENA. Lllaman.

KEAN. ¿Quién hai?

PRIN. Yo.

ELENA. ¡Dios mio! es la voz del príncipe de Gales.

KEAN. ¿Y quién es yo?

PRIN. El príncipe de Gales

CONDE. Y el conde de Kœfeld.

ELENA. ¡Mi marido! ¡oh! ¡estoi perdida!

KEAN ¡Silencio!... procurad taparos bien, y salir al momento. Disimulad, mi príncipe, pero a la sazón tengo la desgracia... (*A Elena.*) Despachad.

ELENA. ¿Cómo se abre esta puerta?

KEAN. De que ciertos hombres me persigan por la miseria de cuatrocientas libras esterlinas.

PRIN. Entiendo.

ELENA. Venid a socorrerme.

KEAN. Aguardad un instante. Y que no pondrian el menor reparo en ser-

virse del respetable nombre de su alteza para pillarme; así tendreis la bondad de hacer pasar vuestro nombre escrito de vuestra mano, monseñor.

PRIN. Qué estas haciendo?

KEAN. Retiro la llave para dejar el paso libre... Aquí estoi, Elena; adios, amadme como yo os amo. (*Cierra la puerta por la que Elena se ha ido, vuelve a la otra, y saca por el agujero de la cerradura una letra de cambio.*) ¡Una letra de cuatrocientas libras esterlinas!... es en efecto una seña real... Entrad, mi principe, porque no hai que dudar si sois vos. (*Abre la puerta, y entran el principe y el conde.*)

### ESCENA V.

KEAN, EL PRÍNCIPE, EL CONDE, *despues*  
SALOMON.

PRIN. (*Mirando por todas partes.*) No dundeis, señor conde, que entrando en la habitacion de Romeo, hayamos hecho huir a Julieta.

CONDE. ¿De veras?

KEAN. ¡Qué locura! monseñor, ya podeis desengañaros vos mismo...

PRIN. ¡Oh! el vestuario de un actor está formado como un castillo de Ana Radcliffe... hai escotillones invisibles que comunican con subterráneos, puertas que se abren en corredores desconocidos... y...

KEAN. (*Al conde.*) ¡Cuán reconocido estoi a vuestra esclencia por haberse dignado venir al vestuario de un pobre actor!

PRIN. ¡Oh! no lo atribuyais a vuestro mérito, necio, sino a la curiosidad... El conde, aunque diplomático, jamas habia puesto los pies en los bastidores de ningun teatro, y ha querido ver...

KEAN. ¿Cómo se viste un actor, no es esto? nosotros, señor conde, los cortesanos del público, tenemos que observar una etiqueta mas rigorosa que los cortesanos del rei. Es preciso que nosotros estemos prontos a la hora señalada, bajo pena de ser silbados; y

esta es la segunda vez que llamas así me permitireis...

CONDE. Haced como si no estuviéramos aquí... a menos que no os incomodemos.

KEAN. Nada de esto.

SALOM. (*Que entra.*) Aquí me teneis mi amo.

KEAN. Ante todo os ruego, monseñor, que retireis esta letra.

PRIN. ¡Nada! es el precio de mi pacto que quiero pagároslo a vos, señor escocés... en lugar de pagarlo en el despacho.

KEAN. Si es así, lo acepto. Vamos Salomon, amigo mio, ya sabes en que se ha de invertir este dinero. (*Se coloca detras de un ropaje.*)

CONDE. (*Al principe.*) ¿Y creeis que estaba con una mujer?

PRIN. Estoi cierto de ello.

CONDE. Tal vez con miss Ana.

PRIN. ¡Oh! esto es mui difícil de saber...

CONDE. (*Viendo un abanico.*) Pues bien, os aseguro que yo lo sabré... (*Se lo mete en el bolsillo.*)

PRIN. ¿Y cómo?

CONDE. ¡Oh! es un secreto diplomático.

KEAN. (*Detras del ropaje.*) ¿Su alteza sabe algo de nuevo?

PRIN. Nada que merezca atencion... ¡Ah! un insolente creo que injurió anoche a lord Mewil... en la taberna del *Trou-du-Charbon*.

CONDE. ¿Se sabe por qué?

KEAN. Porque lord Mewil rehusó batirse con él, prestando que era un cómico... pareceme haberlo oido contar así.

PRIN. ¿Qué decis de la excusa, señor conde?

CONDE. No sé tocante a este punto cuáles son las costumbres inglesas... pero sé que los alemanes, cuando no creemos insultados, nos batimos con todo el mundo, escepto con los ladrones... porque las galeras se encargan de hacernos justicia.

KEAN. (*Vuelve a la escena a media vestir.*) Bien, señor conde, teneis un corazon noble, y los alemanes son un



pueblo noble... Os aseguro que iré a Venecia a hacerme matar.

CONDE. Y os recibirán mui bien. Os doi mil gracias, mi príncipe, por haberme introducido en el santuario de las artes.

KEAN. Y yo, señor conde, os pido mil perdones por haberos recibido el gran sacerdote como a un iniciado.

CONDE. ¿Dejemos que Mr. Kean acabe de arreglarse, monseñor?

KEAN. (*En voz baja.*) Quisiera vivamente hablar a solas con vuestra alteza.

PRIN. Adelantaos, conde, ya nos encontraremos.

CONDE. Vuestra alteza sabe el número del palco?

PRIN. Sí; en la ante-escena. (*Bajo.*) Ya me direis... si...

CONDE. Descuidad. (*Saluda.*) Mr. Kean...

KEAN. (*Inclinándose.*) Monseñor... (*Vase el conde.*)

## ESCENA VI.

KEAN, EL PRINCIPE.

KEAN. ¡Oh, mi príncipe, qué feliz soi en verme a solas con vos!...

PRIN. ¿Por qué?

KEAN. Primero para daros las mas sinceras gracias por vuestras bondades, y despues para rógaros que disimuleis, por haberos dicho ayer en mi casa que yo no estaba cuando fuisteis a ella.

PRIN. Y era falso... ¿eh?

KEAN. Si... pero negocios de la mas alta importancia...

PRIN. ¡Quita! entre amigos... no hai por qué incomodarse.

KEAN. Os cojo la palabra, monseñor... Entre amigos.

PRIN. ¿Crees, pues, que te compromete?

KEAN. Bien seguro que no... ¿pero yo quisiera saber si a vuestra alteza le ha salido del fondo del corazon?

PRIN. ¿Y yo quisiera saber qué mo-

tivo tiene Mr. Kean para hacerme una pregunta tan clara y tan precisa? ¿Mi bolsillo no está siempre a su disposicion? ¿Mi palacio no le está abierto a todas horas, y todos los dias el pueblo y los grandes no le ven atravesar las calles de Londres en mi coche y a mi lado?

KEAN. Si, todo eso lo sé, son pruebas de amistad para los que miran las cosas superficialmente, y en verdad todos creen que no tengo mas que pedir a vuestra alteza lo que quiera, para que me sea al punto concedido.

PRIN. ¡Ah! ¿todos creen?...

KEAN. Escepto yo, monseñor... escepto yo, que no me dejo deslumbrar por las señales exteriores, suficientes para mi vanidad; pero que aunque lisonjeras, dejan no obstante una duda en el fondo del corazon.

PRIN. ¿Cuál es?

KEAN. Voi a decíroslo, monseñor: si tuviera que pedir a vuestra alteza, no uno de esos favores que se conceden de príncipe a súbdito, sino uno de esos sacrificios que se hacen de igual a igual, quizas la benevolencia del protector no pasaria jamas a ser un rendimiento para el amigo.

PRIN. Pruébalo.

KEAN. Si dijera a vuestra alteza: los artistas tenemos amores estravagantes, y sin mezcla de sensualidad, amores que no se parecen en nada a los de los demas hombres; pero que semejantes amores no son por eso menos apasionados y celosos. Algunas veces sucede que entre las mujeres que acostumbran asistir a nuestras representaciones, elejimos una que la hacemos el ángel inspirador de nuestro ingenio; todo el cariño que nuestros papeles contienen lo dirigimos a ella... Los dos mil espectadores que están en el coliseo, desaparecen de nuestra vista, que no repara sino en ella; los aplausos de todo el público nos son indiferentes, porque tan solo los de ella ambicionamos... Nuestra voz tan solo busca su alma entre todas las demas... No representamos ya para la reputacion, para la gloria,

para la suerte futura, sino por un suspiro... por una mirada... por una de sus lágrimas.

PRIN. ¡Y qué!

KEAN. ¡Y qué, monseñor! si esa mujer se digna reparar en la influencia que sobre nosotros ejerce; si teniendo lástima de esa distancia que nos separa realmente de ella, nos permite pasarla en sueños; si la felicidad que de ello reportamos, vana y frívola como es, es sin embargo una felicidad... si en fin, ese amor ideal tiene sus celos como un amor material, el hombre que los causa ¿no deberá compadecerse del desgraciado que los sufre?

PRIN. Con que somos rivales, ¿eh?

KEAN. Este nombre supone igualdad, monseñor, y estoy colocado bastante lejos de vos...

PRIN. ¡Hipócrita!... ¿y qué puedo hacer yo para la mayor tranquilidad de vuestro amor?

KEAN. Monseñor, vos sois joven, elegante y príncipe... no hai una sola mujer en Inglaterra que pueda resistir a todas estas seducciones; para vuestras distracciones, caprichos o amores, teneis todo Londres y sus provincias, teneis la Escocia y la Irlanda, en una palabra, los tres reinos. Pues bueno, haced la corte a todas las mujeres... escepto...

PRIN. Escepto a Elena, ¿no es cierto?

KEAN. ¡Lo habeis adivinado!

PRIN. ¡Ah!... es la hermosa condesa de Kœfeld... la señora de vuestros pensamientos secretos... ¡Me lo temí, bribon, al verte en su casa para disculparte!... Tú eres su amante...

KEAN. No, monseñor... no tengo por ella, os lo he dicho, sino este amor artístico, al que los mas grandes actores han debido sus mas bellas producciones... pero de este amor he fabricado mi vida; mas que mi vida... mi gloria; mas que mi gloria... mi felicidad.

PRIN. Pero si me retiro, otro va a tomar mi puesto.

KEAN. Y ¿qué me importa, monseñor? yo solo temo a vos... porque de

cualquier otro puedo vengarme, mientras que de vos...

PRIN. Tú eres su amante...

KEAN. No, vuestra alteza... pero v. gr., cuando ella está en el teatro y desde la escena os veo entrar en el palco... ¡oh! no podeis comprender lo que entonces pasa en mi alma; nada veo, nada oigo... mi sangre toda se me sube a la cabeza, y paréceme que voy a perder el juicio.

PRIN. Tú eres su amante.

KEAN. No, os juro... pero si me teneis la menor amistad... y si no queréis obligarme a cometer algun escándalo, del que me arrepentiria con todo mi corazon... no vayais mas a su palco, os lo suplico. Mirad, hablando de esto, todo lo olvido. Van a comenzar ya, y no estoy preparado todavia.

PRIN. Te dejo.

KEAN. Me prometeis...

PRIN. Confiesa que eres su amante...

KEAN. Pero yo no puedo confesar lo que no es.

PRIN. Adios, Kean...

KEAN. Monseñor...

PRIN. Voi a aplaudirte.

KEAN. ¿Desde vuestro palco?

PRIN. No admito confianzas a medias, amigo Kean, o no hago mas que media promesa.

KEAN. (*Inclinándose.*) Yo no puedo deciros mas de lo que hai... haced como mejor os parezca, monseñor.

PRIN. (*Al irse.*) Gracias por el permiso, Mr. Kean.

## ESCENA VII.

KEAN, SALOMON.

SALOM. (*Con una coraza en la mano.*) Mi amo... mi amo... despachemos.

KEAN. ¡Vamos!... (*Pónese la coraza.*) ¡Oh! bien lo habia yo adivinado: ¡mi amigo!... ¡él mi amigo!... no hai amistad sino entre iguales, monseñor, y sois tan vanidoso en llevarme en vuestro coche, como yo necio en subir a él... (*Llaman en la puerta se-*



eta.) Lllaman en esa puerta que Ele-  
únicamente conoce...

GUIDSA. Abrid, Mr. Kean, soi yo,  
guidsa...

KEAN. (*Abre.*) ¿Qué queréis, Guidsa?  
¿ué hai?

### ESCENA VIII.

chos, GUIDSA, poco despues DARIO, EL  
AUTOR, PISTOL.

GUIDSA. Mi señora olvidó su abanico  
y vengo por él.

KEAN. ¿Su abanico? ¿Lo has visto,  
domon?

SALOM. No, mi amo...

KEAN. Buscadlo por aquí, Guidsa.

GUIDSA. ¿Cómo lo haremos? Cabal-  
ente lo queria mi señora, por ser  
a regalo del príncipe de Gales.

KEAN. ¡Ah! es un regalo del prínci-  
e de Gales... Tal vez se lo haya olvi-  
do en su coche.

GUIDSA. Teneis razon.

KEAN. (*La da un bolsillo.*) Toma,  
ña, si tu señora ha perdido su aba-  
ico... al menos tú habrás encontra-  
o algo.

GUIDSA. Gracias, Mr. Kean. (*Vase.*)

KEAN. ¡Un abanico dado por el prin-  
pe de Gales!... Se lo estimará como  
n regalo real. (*Llama.*) ¡Dario! ¡pues  
amos! ¿que no quiere venir ese ne-  
o de peluquero?... ¡Dario!

SALOM. No gasteis vuestro diamante,  
le llamaré yo en vuestro lugar.  
*Llama.*) ¡Dario!

DARIO. (*Con una peluca en la mano.*)  
Aquí estoy! ¡aquí estoy!

KEAN. (*Se sienta.*) ¿Puede saberse lo  
ue estabas haciendo, tunante?

DARIO. (*Arreglando la peluca.*) Disi-  
mulad, es que...

KEAN. Charlabas, ¿no es esto?... Va-  
nos, péiname.

AUTOR. (*Abriendo la puerta.*) Mr.  
Kean, ¿se puede mandar que toque la  
música?

KEAN. Sí, voi ahora mismo.

AUTOR. (*Al irse.*) ¡Bueno!

KEAN. Mientras me peinan, busca  
se abanico, Salomon.

DARIO. ¿Qué abanico?

KEAN. Uno que se ha perdido aquí.

DARIO. Lo decia porque como he  
visto que aquel caballero que ha ve-  
nido a veros con el príncipe de Gales  
tenia uno en la mano muy bonito...

KEAN. ¿Guarnecido de diamantes?

DARIO. Sí, y mucho que lucia, pues  
asi que lo he visto, no he podido me-  
nos de exclamar: si encontraras un  
abanico como ese, no harias mas pe-  
lucas; y sin embargo las estoi ha-  
ciendo...

KEAN. (*Se levanta.*) ¿Tú has visto  
ese abanico? en manos del conde de  
Kœfeld?

DARIO. Yo no sé si es el conde de  
Kœfeld, pero si que no parecia del  
todo alegre, y que se lo ha metido en  
el bolsillo, poniendo triste el sem-  
blante.

KEAN. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¿qué va  
a pensar? creerá que Elena ha venido  
aquí...

AUTOR. (*Apareciendo en la puerta.*)  
Mr. Kean, se va a levantar el telon.

KEAN. Todavia no estoi preparado.

AUTOR. ¿No dijisteis que la música  
podia tocar?...

KEAN. ¡Id con mil diantres!

AUTOR. ¡No levantar el telon! ¡no  
levantar el telon! (*Vase gritando.*)

KEAN. ¿Qué haré? ¿cómo la avisaré?  
yo no puedo ir... tampoco puedo en-  
viar... ¡Oh! esto es para perder el  
juicio.

DARIO. ¿Y la peluca, Mr. Kean?

KEAN. Dejadme en paz... (*Ruido por  
la parte de afuera.*)

SALOM. ¿Ois, mi amo? El público  
está impaciente.

KEAN. ¿Y eso qué me importa?...  
¡Oh, maldita profesion!... en la que  
ninguna sensacion nos pertenece, en  
la que no somos dueños de nuestra  
alegria ni de nuestros tormentos...  
con el corazon lleno de amargura es  
preciso representar *Falstaff*; con el  
corazon rebosando de alegria es pre-  
ciso representar *Hamlet*: siempre fic-  
cion, nunca realidad... Si, sí; el pú-  
blico está impaciente... porque me  
aguarda para divertirse, e ignora que

en este instante estoi anegado en llanto. ¡Oh, qué martirio! y luego, si entrando en escena con todos los tormentos del infierno en el corazón, no me sonrío donde será preciso; si distraído cambio una sola palabra... el público silbará, el público que nada sabe, que nada comprende, que nada adivina de lo que pasa detras del telon... que nos toma por autómatas... no teniendo otras pasiones que las de nuestros papeles... Yo no representaré. (*Pistol aparece en la puerta.*)

SALOM. Mi amo, ¿qué decis?

KEAN. ¿Sabes lo que digo? que no representaré.

AUTOR. (*Que entra a la última expresión de Kean.*) Se os obligará, caballero.

KEAN. ¿Se puede saber quién?

AUTOR. El Constable.

KEAN. Que venga, pues.

SALOM. ¡Mi amo! ¡en nombre del cielo! os pondrán preso.

KEAN. ¿Preso a mí? tanto mejor, así no representaré.

AUTOR. Pero el ingreso está hecho ya.

KEAN. Que se vuelva el dinero.

AUTOR. Caballero, faltais a vuestro deber.

KEAN. No representaré, no representaré, no representaré (*Coje una silla y la hace astillas.*)

AUTOR. Haced como gustéis, yo no soi el beneficiado. (*Vase. Kean cae en un sillón. Ruido prolongado.*)

PISTOL. (*A un lado del sillón.*) Mr. Kean, ¿y el padre Bob?

SALOM. (*Al otro lado.*) Esas pobres jentes no podrán pagar los gastos que se han hecho.

PISTOL. ¿Qué culpa tiene la pobre familia si se os ha causado algun pesar?

SALOM. Vamos, mi amo, piedad para con los desgraciados.

PISTOL. Empeñasteis vuestra palabra.

SALOM. Y sería la primera vez que faltariais a ella.

KEAN. (*Con el mayor abatimiento.*) Basta. Jaime, tomad. (*Le da su bata.*) ¿Donde está Dario?

SALOM. Se ha marchado.

DARIO. (*Sale del guardarropa.*) Aquí estoi.

KEAN. ¿Y el Autor?

SALOM. (*A Pistol.*) Ve a buscarle. (*Pistol lo hace.*)

KEAN. ¿Mi manto? (*Se, lo dan.*) ¿Qué me dais aquí? pídoos mi cinturón.

PISTOL. (*Que vuelve.*) Aquí está, Mr. Kean, aquí está.

AUTOR. (*Que entra.*) ¿Habeis mandado llamarne?

KEAN. Sí señor. ¿Mi espada?

SALOM. ¿Vuestra espada?

KEAN. Y sí, sin duda, mi espada; ¿esto te admira?... ¿Con qué quieres que mate a Tybalt? (*Al Autor.*) Voi a representar.

AUTOR. ¡Oh, Mr. Kean, cuánto os lo agradezco!...

KEAN. Bueno... únicamente haced un anuncio... decid al público que estoi indispuerto, que estoi malo... En fin, lo que queráis. Ya despacho.

AUTOR. Gracias, Mr. Kean, gracias (*Vase.*)

SALOM. Ya era tiempo, porque parece que el público empieza a romper los bancos.

KEAN. Y con razon, señor mio: yo quisiera veros en el coliseo, habiendo pagado vuestra entrada, y que se os hiciera esperar... ¿qué diriais?

SALOM. ¡Oh!

KEAN. ¿Sabes lo que dirias? que ni actor antes que todo es para el público; he aquí lo que dirias, y tendrias razon. Ea, caballo de arado, ahora que estás enjazzado, ve a arar tu Shakespeare.

AUTOR. Ya estoi preparado, Mr. Kean: ¿puedo hacer el anuncio?

KEAN. Sí señor. ¿Hai mucha entrada?

AUTOR. El coliseo bulle de jente... y todavia hai empujones en la puerta para poder entrar.

KEAN. Id, pues.

## CUADRO QUINTO.

EL TEATRO.

## ESCENA IX.

*En el escenario habrá un teatrillo con palcos a derecha e izquierda; una porcion de bancos ocupados por personas de ambos sexos. ROMEO en la puerta de un castillejo gótico que da a una azotea, JULIETA en el último escalon del castillejo. La CONDESA DE KOEFELD, el PRINCIPE DE GALES, el CONDE en un palco de la ante-escena, LORD MEWIL en un palco de la otra parte, la NODRIZA, SALOMON.*

JULIETA.

Esa luz que ves brillar,  
No es la del astro del día,  
Ni el canto que ora se oía,  
Tu ánimo debe turbar.

Es luz fátua, inconstante,  
No es la luz de la alborada,  
Es un meteoro, nada;  
Sosiégate, tierno amante.

Es el dulce ruisenor,  
Que oculto allá en un granado,  
Toda la noche ha cantado  
Su triste, funesto amor.

¡Oh, no te vayas por Dios!  
Quédate un momento mas,  
Un momento y partirás,  
Siendo felices los dos.

ROMEO.

¡Ah! te engañas, vida mía,  
Era de la alondra el canto...  
Es la luz, ¡triste quebranto!  
La luz de un bello día.

Mira sino las estrellas  
Que pálidas desaparecen,  
Y fragantes aparecen  
Del claro sol las centellas.

No puedo quedarme, no;  
Si te mueve de mi vida  
El interes, ¡oh, querida  
Julieta! me iré. Pero...

No me iré, tienes razon,  
Sí, no es la luz de la aurora...  
¿Cómo de la que me adora  
Mentir puede el corazon?

No era el alegre cantar  
De la alondra placentera;  
De alguna ave nocturna era  
El triste, el duro graznar.

Junto a ti me quedaré,  
Para mil veces decirte,  
Y mil veces repetirte:

«Yo te adoro.» ¡Pero qué!  
Tal vez es una ilusion:  
Tal vez no me adoras ya...

JULIETA.

¿Puede dudarle quizás  
De mi Romeo el corazon?

¡Oh! por qué lo dudas, dí;  
Pero... ¡Dios mio! Romeo,  
Fúgate... mi padre veo,  
Viene acercándose aquí.

LA NODRIZA, *entrando*.  
Señora...

JULIETA.

¿Qué?

LA NODRIZA.

Vuestro padre.

JULIETA.

¡Mi padre! ¿lo oiste, Romeo?

LA NODRIZA.

Va a venir.

ROMEO.

¡Oh! que te aparte  
De su ira, Dios, mi embeleso.

JULIETA.

Adios, mi Romeo...

*(En este momento Kean, que habia pasado ya la verja, repara que el principe de Gales está en la ante-escena en el palco de Elena, y en lugar de irse, da algunos pasos, y fija los ojos en el palco con los brazos cruzados.)*

JULIETA. *(Siguiéndole.)* ¿Qué es lo que hace? *(En voz baja.)* Kean, Kean, ídos.

SALOM. *(Dejándose ver en un bastidor con la comedia en la mano.)* ¡Mi amo!... ¡mi amo!...

JULIETA, *volviendo a recitar.*

Adios, mi Romeo.

SALOMON. *(Apuntando.)*

Mi Julieta, adios.

KEAN. *(Riendo.)* ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

SALOM. *(Apuntando.)* ¡Romeo!

JULIETA. ¡Romeo!

KEAN. ¿Quién me llama Romeo? ¿quién cree que represento aquí el papel de Romeo?

JULIETA. Kean, ¿os habeis vuelto loco?

KEAN. No soi Romeo... sino Falstaff... el companero en depravadas orjias del principe real de Inglaterra... ¡Acá! ¡mis valientes camaradas... conmigo! ¡Pons... acá! ¡Peto... acá todos! ¡Bardolfo... Quickly la fondista... acá todos, y echad, echad a vasos llenos, que bebo a la salud del principe de Gales, el mas relajado, el mas indiscreto, el mas vanidoso de todos nosotros! ¡A la salud del principe de Gales, para quien todo es bueno, desde la taberna que sirve a los marineros del puerto, hasta la hija honrada que echa el manto real

KEAN.

sobre los hombros de su madre! ¡Al principe de Gales, que no puede mirar una mujer, sea o no virtuosa, sin perderla con su mirada! ¡Al principe de Gales, de quien he creído ser el amigo, y no soi mas que el juguete y el bufon!... ¡Ah, principe real! ya te vale el ser inviolable y sagrado, te lo juro... porque sin eso tendrias que apostarlas con Falstaff.

LORD MEWIL. *(Desde su palco.)* ¡Fuera Kean! ¡abajo el actor!

KEAN. Falstaff... soi tan Falstaff como Romeo, soi polichinela, el Falstaff de las encrucijadas... Un baston a polichinela, un baston para lord Mewil, un baston para el miserable raptor de jóvenes, que cibe espada, y rehusa batirse con aquellos a quienes ha robado el nombre, y eso con el pretesto de ser noble, de ser lord, de ser par... ¡Ah! sí... un baston para lord Mewil... y reiremos... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡cuanto padezco!... ¡acá, Dios mio, socorredme! *(Cae en los brazos de Julieta y de Salomon, que se lo llevan por la puerta del castillejo.)*

## ESCENA X.

EL AUTOR, DARIO, SALOMON.

AUTOR. *(Apareciendo en el fondo.)* ¡El médico del teatro! ¡el médico del teatro! ¿dónde está?

DARIO. *(Corriendo a cojer la peluca que Kean ha tirado al suelo.)* Está con Mr. Kean.

AUTOR. ¿Dónde?

DARIO. *(Señalando al castillo.)* Allá. *(Ruido.)*

SALOM. *(Acercándose con un pañuelo en la mano.)* Milores y señores, la representacion no puede continuar... el sol de Inglaterra se ha eclipsado: al célebre, al ilustre, al sublime Kean acaba de acometerle un acceso de locura *(Se oye un grito doloroso en el palco de la condesa de Kœfeld. Cae el telon.)*



# ACTO QUINTO.

## CUADRO SESTO.

### EL DESTIERRO.

Salon de la casa de Kean.

#### ESCENA PRIMERA.

SALOMON, BARDOLFO, TOM, DAVID, DARIO, PISTOL, *y poco despues el MÉDICO.*

SALOM. Esto es, hijos míos, escribid vuestros nombres, aquí teneis la lista.

BARD. (*Despues de haber escrito el suyo.*) ¿Y qué noche ha pasado?

SALOM. Terrible.

TOM. ¿Con que es realmente loco?

SALOM. Furioso.

DAVID. ¿Y en este mismo momento el médico le sangra?

SALOM. Sin que le pueda sacar sangre.

DARIO. ¡Hombre!...

BARD. ¿Y qué clase de locura tiene?

DARIO. Sí, sepamos qué clase de locura tiene.

SALOM. Locura frenética.

DAVID. ¿Y qué hace en su furor?

SALOM. Da golpes.

DARIO. ¿A quién?

SALOM. A todo lo que encuentra, y en particular a los que conoce.

DARIO. ¡Cómo! ¿acomete a sus conocidos?

SALOM. ¡Ah sí, Dios mío!

DARIO. Le habrá mordido algun perro.

SALOM. Mucho me lo temo.

DARIO. Y estará rabioso; apropósito. «Yo peinaba a uno que estaba rabioso, por señas que era miembro de los Comunes. Su rabia consistia en hacer tragedias... no se las querian representar; pues bien, para él era igual, hacia otras; tampoco las querian, y siempre volvía a lo mismo.»

SALOM. «¿Y mordía?»

DARIO. «Sí, sí, sí, pero no hacia daño, porque no tenia ya dientes; se le dejaba hacer: ¡pobre hombre! esto le entretenia. (\*)»

SALOM. Vamos, aquí está...

DARIO. ¿Mr. Kean? me marchó...

SALOM. No, el médico.

DARIO. Ah! el médico. (*Al médico que entra.*) ¿Qué tal, señor doctor?...

TOM. ¿Qué decís de Kean?

DAVID. ¿Da esperanza?

MÉDICO. (*Dando un papel a Salomon.*)

Procurad que siga puntualmente esta receta, cualquier otro tratamiento que el indicado en este papel, no podría menos de empeorar su estado. (*Vase.*)

SALOM. Ya veís que la cosa va seria... veamos lo que ordena el mé-

(\*) La censura ha suprimido lo que va marcado con comillas, creyendo que aludía a un miembro de la cámara de diputados. (*Nota del autor.*)

dico. (*Vuelve el papel de ambas partes y está en blanco.*)

DARIO. ¿Qué ha recetado el médico?

SALOM. Cuatro baños, dos sangrias, un sinapismo.

DAVID. ¿Quieres que te diga una cosa Salomon? ese doctor tiene cara de borrico, y en tu lugar le trataría a mi modo.

SALOM. Sí, sí, sí, me parece un borrico; ¿pero qué le darías?

DAVID. Tomaría buen vino de Burdeos, lo pondría en una cazuela con limón, canela y azúcar, lo haría calentar y de diez en diez minutos le daría un vaso.

DARIO. No, no, no, yo no haría eso.

SALOM. Pues ¿qué hariais?

DAVID. Yo te digo que un vaso...

DARIO. David, lo que es vos representais muy bien el león, estais magnífico con la piel de animal, pero en tratándose de medicinas, ya es otra cosa; en lugar de Salomon, le daría el vino caliente.

DAVID. Ya lo ves.

DARIO. Espera: yo le raparía ante todo la cabeza como un muslo, esto le refrescaría el cerebro, en seguida una peluca del mejor cabello, del bello número 1.º

SALOM. ¿Y el vino caliente?

DARIO. Entonces, lo bebería yo... (*Lllaman.*) Salomon, creo que llaman.

SALOM. Le vendrá el furor...

DARIO. ¡El furor! me marchó... (*Salomon le detiene.*)

DAVID. Marchemos, marchemos.

DARIO. Salomon, Salomon, vamos, fuera bestialidades. (*Lllaman otra vez.*)

TOM Y BARD. ¡Escape quien pueda! (*Vánse.*)

SALOM. Amigo Dario, tú que eres el más fuerte, ruegote quedes conmigo.

DARIO. Padre Salomon, si no me soltáis, mi resolución está hecha, os lo digo; no os empollaré ya más las pelucas, os clavo alfileres negros en las pantorrillas, y os muerdo la nariz... (*Salomon le suelta.*) ¡Ah, pero!... (*Váse.*)

SALOM. Vamos, ya se han marcha-

do; espero a que esto se divulgue, porque si se supiera...

PISTOL. (*Levantándose del rincón donde estaba sentado.*) ¿Señor Salomon?

SALOM. ¿Todavía tú aquí? ¿por qué no marchaste con los demás?

PISTOL. Porque dijisteis que necesitabais uno, señor Salomon.

SALOM. Tú eres un guapo muchacho; ea, ya puedes irte.

PISTOL. ¡Yo! jamás.

SALOM. ¿Me prometes callar?

PISTOL. Lo prometo. (*Salomon habla-le al oído.*) ¿De veras? ¡oh!

SALOM. Mira, ni una palabra.

PISTOL. Primero me dejaré cortar la cabeza. ¡Oh! ¡qué contento estoy! ¡qué contento estoy! (*Solloza.*) ¡Oh! Mr. Kean, señor Salomon, ¡oh! me voi. (*Váse.*)

## ESCENA II.

SALOMON, KEAN.

KEAN. ¿Con quién estabas hablando?

SALOM. Con camaradas del teatro, ese necio de Dario y el pequeño Pistol.

KEAN. ¿Y qué les has dicho?

SALOM. Que estabais frenético.

KEAN. Mal hecho.

SALOM. ¡Cómo mal hecho! considerad que si supiérase que esa locura ha sido finjida...

KEAN. ¿Qué?

SALOM. Y que a sangre fría insultásteis a lord Mewil y al príncipe de Gales...

KEAN. Acaba.

SALOM. Se os castigaría severamente...

KEAN. Y bien, ¿qué pueden hacerme? ¡llevarme preso? iré.

SALOM. Sí, pero yo no iré. (*Aparte.*) Egoísta. Mientras que si quisierais finjir la locura ocho días, la que sabéis hacer perfectamente en el rei Lear...

KEAN. Señor Salomon, yo represento la comedia desde las ocho hasta media noche; pero jamás entre día.

SALOM. Mi amo.

KEAN. Basta: dame la lista de las personas que han venido a verme.

SALOM. Hai dos, una aqui y otra en casa del portero. Esta es la de los amigos íntimos.

KEAN. Está bien, ve por la otra... Ella no se habrá atrevido a subir; pero habrá ido abajo; o habrá mandado, sin duda encontraré, no su nombre sino una palabra, una seña por la que reconoceré que ha pensado en mí, en mí. ¡Dios mio! ¡que tanto padezcó por ella!

SALOM. (*Que viene de buscar la otra lista.*) Tomadla.

KEAN. A ver.

SALOM. Hai mas de cuatro nombres aquí, que a decir verdad, forman una contraposicion extraordinaria.

KEAN. Sí, sí, hai aqui nombres de ricos, de nobles y de poderosos; hai aqui nombres de artistas, de artesanos, de esportilleros, desde el del duque de Sutzerland, primer ministro, hasta el de Williams el cochero. Sí, creo que están aquí todos los nombres, escepto el que busco; no se habrá atrevido a enviar. ¡Oh! para venir ella misma, talvez buscará una ocasion, el primer momento que la deje de libertad su marido. Salomon, ve al otro cuarto, y no dejes entrar a nadie... fuera de...

SALOM. ¿Fuera de Arriel, no es esto?

KEAN. Sí, sí, Arriel... ve, mi buen Salomon, ve; si viene ella, hazla entrar a punto mui en breve... sin preguntarla su nombre... porque es una gran señora.

SALOM. ¿Y cómo la conoceré?

KEAN. Solo a ella espero.

SALOM. Descuidad. (*Vase.*)

### ESCENA III.

KEAN solo, despues SALOMON.

KEAN. (*Saca el reloj.*) Las diez... ¡y ni una palabra, ni un recado, ni una carta de ella! ¡oh! estabais mas inquieta por nuestro abanico que por mí, señora... ¡oh! no es de ese modo como se ama, Elena, y es doloroso el

pensar que si ese accidente fuese real, a esta hora habria yo muerto quizas, sin veros... sin ni siquiera haber oido hablar de vos... Pero ¿por qué aflijirme y lamentarme asi? ¿no tengo por ventura su retrato sobre mi corazon?... Podria ser que el conde, encontrando el abanico, haya tambien abierto los ojos por la escena escandalosa que moví ayer al principe de Gales... ¡Oh! sí, es posible, es probable, esto es. ¡Oh! cuando considero que talvez en este momento, Elena desconfiada... acusada... me llama a su amparo... ¡oh! no puedo aguantar mas. ¡Salomon! ¡Salomon!

SALOM. ¿Mandais?

KEAN. ¿Nadie todavia?

SALOM. Nadie.

KEAN. Haz que preparen el coche.

SALOM. ¿El coche?

KEAN. Sí, el coche. ¿Qué hai de admirable en ello? voi a salir.

SALOM. ¿Vais a salir?

KEAN. ¡Newman!

SALOM. ¿Qué le quereis?

KEAN. Puede que él me obedezca.

SALOM. ¿Y no sabeis que vuestro pobre Salomon hará cuanto le mandeis?

KEAN. Pues haz lo que te digo, y no me hagas padecer por mas tiempo... ¿no ves que tengo calentura, que la cabeza me arde, que la sangre me hierve?... Por otra parte correré las cortinillas, y me contentaré con pasar por debajo de sus ventanas y... (*Viendo que Salomon no se ha ido.*) ¿todavia no?

SALOM. Allá voi, Kean, allá voi... (*Se oyen golpes en la puerta.*) ¡Ah! llaman.

KEAN. Sí, sí, vamos, ve a abrir.

SALOM. ¿Verdad que si es ella no saldreis?

KEAN. (*Riendo.*) ¡Imbécil!

SALOM. Voi volando. (*Vase.*)

KEAN. (*Descansando sobre el respaldo de una silla.*) ¡Qué niño soi! pero, Dios me perdone: mi corazon late como latia ha veinte años; en verdad que soi un insensato... y no necesito finjir la locura.



SALOM. (*Desde la puerta.*) ¡Es ella, mi amo! ¡es ella!

KEAN. ¡Ella!... ¡Elena!... ¡Elena!... ¿Sois vos?

#### ESCENA IV.

KEAN, ANA, *despues* SALOMON.

ANA. (*Levantándose el velo.*) ¡No, Mr. Kean, soi yo!

KEAN. (*Cae sobre una silla.*) ¡Ah!...

ANA. Disimulad si he venido de este modo; pero esta mañana se ha esparcido por Londres un rumor terrible, esto es, que durante la funcion de ayer, os habia acometido un acceso de locura. Yo dije: «él no tiene madre, no tiene hermana, nadie tiene a su lado. Yo quiero ir...»

KEAN. ¡Anal ¡ah! en eso conozco de lo que es capaz vuestro corazón. Ana, sois una criatura buena y fiel... ¡ah! vos no habeis recelado por vuestra reputacion, por vuestro honor... no habeis temido que dijeran: «Ana es la querida de Kean...» Vos no habeis escuchado mas que vuestro corazón. Vos habeis venido... mientras que ella... Bueno, hablemos de vos, Ana.

ANA. ¿Con que esa noticia no ha sido verdadera?

KEAN. No, no lo ha sido... No tengo tanta felicidad... un loco... debe ser mui feliz; él rie, él canta, él de nada se acuerda.

ANA. ¡Ah! ¡ahora partiré tranquila, ya que no feliz!

KEAN. ¿Os marchais? ¿dejais a Londres?

ANA. ¡Londres! ¡oh! eso no bastaria; dejo a la Inglaterra.

KEAN. ¿Y vuestro tutor os lo permite?

ANA. Esta mañana he sido declarada mayor de edad, y el primer uso que he hecho de ella, ha sido firmar una escritura con el corresponsal del teatro de Nueva York.

KEAN. Asi nada ha podido cambiar vuestra resolucion; y aquel cuadro que os presenté de esta profesion...

ANA. Fué trazado para la hija pobre

y no para la rica heredera. Por caro que cueste el terciopelo y la seda, ¿creeis, Mr. Kean, que veinte mil libras esterlinas de renta no bastarán para pagar mis trajes?

KEAN. ¿Y es posible que con tanta fortuna y hermosura?...

ANA. Ni una ni otra han sido suficientes para hacerme querer, y quiero añadir el talento para completar mi dote.

KEAN. (*Aparte.*) ¡Pobre niña!

ANA. ¿No es verdad que en medio de vuestros triunfos, de vuestros placeres, de vuestros amores, os acordareis alguna vez de la pobre desterrada, que lo habrá dejado todo por un solo fin, y con una sola esperanza?

KEAN. ¡Ana... querida Ana!...

ANA. ¿No es verdad que me permitireis que os escriba, que os cuente mis penas... mis trabajos... mis progresos?... porque los haré os lo juro... ¡Oh! ¡qué feliz seria yo, si a pesar de la distancia que nos separará, quisierais aconsejarme y protegerme!

KEAN. Sí, cuanto pueda hacer para mi mejor amiga... lo haré... estad segura de ello; pero ¿cuándo partis?

ANA. Dentro de dos horas.

KEAN. ¿Y cómo?...

ANA. Tengo ya tomado mi billete en el paquebote *el Washington*.

SALOM. (*Entrando con precaucion.*) ¿Mi amo?

KEAN. ¿Qué hai?

SALOM. Ha subido por la escalera secreta, ha entrado cuando menos lo pensaba.

KEAN. ¿Quién?...

SALOM. Una señora.

KEAN. ¿Cómo se llama?

SALOM. No ha querido decirme mas que Elena.

KEAN. ¡Elena! ¿dónde está?

SALOM. En aquel cuarto; parece desesperada, y quiere veros de todos modos.

KEAN. ¡Dios mio!... ¿cómo lo haremos?

ANA. ¿Es ella verdad?

KEAN. Sí.



ANA. Dicen que es mui hermosa. Dejádmela ver, Kean.

KEAN. ¡Oh! imposible.

ANA. No temais; no tengo mas que pedirle una gracia, que hacerla una súplica... Me echaré a sus plantas, y le diré: «hacedle feliz, señora, porque es cierto que os ama.»

KEAN. No, no, Ana, es imposible; jamas creeria en la inocencia de nuestras relaciones. ¿Cómo podria pensar viéndoos tan jóven y hermosa? ¡Oh! os ruego que entreis en ese gabinete: perdonadme, Ana, perdonadme...

ANA. (*Entrando en el gabinete.*) ¿Por ventura puedo quejarme?

### ESCENA V.

KEAN, luego ELENA.

KEAN. Ahora, Salomon, hazla entrar, hazla entrar a toda prisa. (*A Elena que entra.*) ¡Elena! ¿sois vos?... Habéis venido a riesgo de cuanto podria sucederos... ¡Oh! ¡si supiérais como os aguardaba!

ELENA. He vacilado largo tiempo, os lo confieso, Kean; pero el peligro de entrambos...

KEAN. ¿Qué decis?

ELENA. Sí, una carta podian sorprenderla, y temia que ya estuvierais preso.

KEAN. ¿Yo preso? ¿y por qué?

ELENA. Porque empieza a susurrarse que no fué locura, sino cólera, lo que os motivó a insultar al príncipe real y a lord Mewil... Asegúrase que éste último ha hablado esta mañana al rei, a quien se quejó, y al ministro, del cual obtuvo una orden... Un proceso terrible os amenaza. Kean, huid; no podeis perder un minuto... y esta noche salid de Londres, de Inglaterra, si es posible: solo en Francia o en la Bélgica estareis en seguridad.

KEAN. ¡Yo huir!... ¡yo partir de Londres, de Inglaterra, como un cobarde que tiembla!... ¡Oh! vos no me conoceis, Elena... Lord Mewil quiere publicidad, se la concedemos: su

nombre no es conocido todavia por bastante honrado, lo será del modo que lo merece.

ELENA. ¿Olvidais que otro nombre será igualmente pronunciado en esa contienda? Se indagarán los motivos de vuestra cólera ya contra el príncipe real, ya contra lord Mewil, y se encontrarán.

KEAN. Sí, sí, teneis razon; y talvez sea eso una felicidad... ¿Me quereis, Elena?

ELENA. ¿Y me lo preguntais?

KEAN. Escuchad: vos estais tambien comprometida.

ELENA. Ya lo sé.

KEAN. No, no lo sabeis todo aun: el abanico que olvidasteis ayer en mi vestuario...

ELENA. Sí...

KEAN. Le han encontrado.

ELENA. ¿Quién?

KEAN. El conde.

ELENA. ¡Gran Dios!

KEAN. Y le conocerá ¿no es verdad?

ELENA. Sin duda.

KEAN. ¿Y qué?

ELENA. ¿Y qué?

KEAN. Me aconsejais que huya, esto pronto. ¿Huiré solo?

ELENA. ¡Oh! sois un insensato, Mr. Kean: no... no... imposible; nuestro amor fué un momento de extravío, de error, de locura, en el que es preciso no pensar mas, y que debemos olvidarlo nosotros mismos, para que los demas lo olviden tambien.

KEAN. ¡Olvidarlo! ¡oh, no lo creais, Elena! Cuando me desterraré, cuando cesaré de veros, ¿no tendré eternamente vuestra imájen sobre mi corazon y delante de mi vista? ¿no tendré vuestro retrato, vuestro retrato querido?

ELENA. Vengo a pedíroslo.

KEAN. ¿Venis a pedirme vuestro retrato? vuestro retrato de ayer, ¿venis a pedírmelo hoi?

ELENA. Asi lo exige la razon, creo que me amais, Kean, lo sé; pero reflexionad que lejos de mí ese amor se desvanecerá con la ausencia... con vuestro talento y celebridad tendreis

mil ocasiones, amareis a otra mujer; y mi retrato, mi retrato que en este momento es un recuerdo de amor, será entonces un trofeo de victoria.

KEAN. ¡Ah, aquí le teneis, señora! tamaña sospecha no deja ningun medio de conservarle: en amor quien duda, acusa.

ELENA. ¡Kean!

KEAN. Aquí le teneis; no le he guardado mucho tiempo, y nadie le ha visto, señora; de manera que si hubieseis prometido otro, podeis ahorraros el trabajo de mandarle hacer, y entregar este en su lugar.

ELENA. ¿A quién quereis que le haya prometido?

KEAN. ¡Qué sé yo! talvez en cambio de algun abanico.

ELENA. ¡Oh, Kean, Kean! despues de lo que he hecho por vos, despues de lo que os he sacrificado...

KEAN. Y ¿qué me habeis sacrificado señora, sino vuestro orgullo? Es verdad, la señora condesa de Kœfeld se ha humillado a querer a un cómico; teneis razon, ese amor fué un momento de extravio, de error, de locura; pero tranquilizaos, señora, el error fué para mí solo, yo solo fui el extraviado, yo solo he sido el loco: ¡oh! sí, loco, y mui loco, en creer en el afecto de una mujer; loco en esponer por ella mi porvenir, mi libertad, mi vida, y esto por estar celoso mientras que era amado con tanto delirio. ¡Pese a mí! yo tengo la culpa, y he aquí el motivo por qué para oír eso de vuestra boca, os estaba aguardando con tanta impaciencia: he aquí por qué latia tan violentamente mi corazón cada vez que llamaban en esa puerta. ¡Oh! yo conocia ya esa clase de amores, sabia tambien lo que valian y duraban, y con todo me ha sucedido esto. Señora, aquí teneis vuestro retrato.

ELENA. ¡Oh, Kean! no me querais mal, por conservar mas serenidad que vos.

KEAN. ¡Mas serenidad que yo! ¡oh! creed que no, señora: acabais de hacer una curacion maravillosa. Yo te-

nia enajenamiento, delirio y hasta fiebre cerebral: me habeis helado la cabeza y el corazón, ya estoi curado. Pero una ausencia mas larga podria aumentar las sospechas del conde, a mas de las que ese abanico puede habérselas hecho concebir; luego de un momento a otro puede venir el Constable para llevarme preso.

ELENA. ¡Ah, Kean, Kean! prefiero veros enojado, a veros con ese tono irónico. ¡Oh! ¿tendreis valor para dejarme así? ¿de este modo me direis adios?

KEAN. ¿La señora condesa de Kœfeld permitirá al cómico Kean que le bese la mano? (*Se inclina para besarla.*)

CONDE. (*Desde la antesala.*) Os digo que entraré...

SALOM. (*Desde la misma.*) Y yo os digo que no entrareis.

ELENA. ¡El conde! ¡Dios mio!

KEAN. Vuestro marido... ¡oh, qué fatalidad!... ¡oh! escondeos Elena, escondeos. (*Elena va al gabinete de Ana.*) No, allá de ningun modo; aquí, aquí; aquí nadie podrá veros, las ventanas dan al Támesis.

ELENA. La última palabra, la última súplica...

KEAN. ¿Cuál? hablad, decid.

ELENA. Sin duda alguna mi marido viene a pedirnos satisfaccion...

KEAN. No temais, señora, el conde me será sagrado. Ayer, talvez, hubiese dado algunos años de mi vida para tener un choque con él; pero hoi ya no temais.

CONDE. (*Como arriba.*) Os digo que es preciso que le vea.

KEAN. (*Va a abrir la puerta.*) ¿Qué es eso, Salomon? ¿Por qué no dejas entrar al señor conde de Kœfeld? (*Entra el conde, Kean vuelve a cerrar la puerta, y guarda la llave en el bolsillo.*)

## ESCENA VI.

KEAN, EL CONDE, SALOMON.

SALOM. Como me habiais dicho...

KEAN. Que no queria recibir a na-

die, es verdad; pero estaba mui lejos de pensar en el honor que me dispensa el señor conde. (*Hace una sena a Salomon, y éste se va.*)

CONDE. Pues yo creia lo contrario, caballero, que cerrabais la puerta porque esperabais mi visita.

KEAN. ¿Y de dónde podia haberme venido esa presuncion, señor conde?

CONDE. De lo que dije ayer en vuestro vestuario hablando de los alemanes, que cuando nos creemos ofendidos nos batimos con todo el mundo: puesto que ahora lo estoi, vengo para batirme. Ya sabcis el motivo; pero conviene que no salga de los dos: habreis observado que contra costumbre no os he escrito, tampoco os he mandado persona alguna, pues que yo solo me he venido, confiado como hombre de honor que vengo a batirme contra otro hombre de honor. Pasando por el primer cuartel que encontraremos por el camino de Hyde Park, rogaremos a dos oficiales que nos sirvan de testigos. En cuanto al motivo de nuestro duelo, será lo que querais: una riña a propósito de la muerte de lord Castelreaj, o de la eleccion de Mr. O'Connel.

KEAN. Señor conde, ese motivo mui suficiente para cualquiera otro, no lo es para mí, no puede haber duelo sin que haya ofensa, y yo no creo haber sido tan desgraciado...

CONDE. ¡Bueno, caballero, bueno! entiendo esa delicadeza, pero esa delicadeza es casi un nuevo insulto. Habiendo ofendido no quereis batiros; pues bien ¿querreis batiros si se os ofende?

KEAN. Segun y cómo, señor conde: si se me ofende sin motivo, el insulto que se me hace lo atribuyo a locura, y compadezco al que me insulta.

CONDE. Caballero Kean, debo creer que vuestra reputacion de valiente es usurpada.

KEAN. No, señor conde, porque he dado pruebas de él.

CONDE. Pues bien, yo diré por todas partes que sois un cobarde.

KEAN. Nadie os creerá.

CONDE. Diré que os alcé la mano. (*Lo hace.*)

KEAN. Tambien añadireis que la detuve para librar de un pesar de muerte a uno de los dos.

CONDE. ¿Es decir que no quereis batiros? yo no puedo obligaros a ello; pero os prometo que satisfaré mi cólera: sí, yo me vengarsé, si no de vos, de vuestra cómplice; pensadlo bien.

KEAN. (*Deteniéndole.*) Os juro, señor conde, que estais en el mas grande error, y que no teneis ningun motivo para sospechar ni de mí ni de nadie.

CONDE. ¡Ah! yo queria que todo esto pasara en silencio, y me obligais a hacerlo público. Vuestra sangre bastaba a mi odio, y no pedia otra cosa; pero temeis mi venganza y la remitís a una mujer, está bien.

KEAN. Señor conde, el hombre que se dirige a una mujer que no puede contestarle, es todavia mas cobarde que el que rehusa batirse.

CONDE. Toda venganza es justa, siempre que hiere al culpado.

KEAN. Yo os digo caballero, que la condesa es inocente, y que tiene derecho a vuestras consideraciones y a vuestro respeto: os digo que si pronunciais una sola palabra que la comprometa, que si magullais un pliegue de su vestido, que si tocáis un cabello de su cabeza, hai hombres en Londres que no dejarán impune tamaña accion. Y yo, sí, señor conde, yo seré el primero; yo, que no la he visto mas que una vez, que apenas la conozco, que no la conozco...

CONDE. ¡Ah! tan buen comediante como sois, Mr. Kean, sin embargo acabais de haceros traicion. Pues bueno, ahora hablemos claro, mirémosnos cara a cara, sin que apartéis la vista... ¿conocéis este abanico?

KEAN. ¿Este abanico?

CONDE. Es de la condesa.

KEAN. ¡Y qué!...

CONDE. ¡Y qué! éste abanico le encontré ayer...

SALOM. (*Entrando.*) Una carta del príncipe de Gales.

KEAN. Bien, despues.



SALOM. (A media voz.) No, ahora mismo.

KEAN. ¿Me permitis, señor conde?

CONDE. Acabad, acabad. Os esperaré.

KEAN. (Luego de haber leído.) ¿Conoceis la letra del príncipe de Gales?

CONDE. Sin duda, ¿pero qué tiene que ver la letra del príncipe de Gales?...

KEAN. Leed.

CONDE. (Lee.) «Mi querido Kean: hacedme el favor de mandar buscar con el mayor cuidado en vuestro vestuario el abanico de la condesa de Kœfeld, que creo olvidé ayer: dicho abanico le pedí a la condesa para mandar hacer uno igual para la duquesa de Northumberland. Hoi mismo iré a pedir os satisfaccion de la necia querella que me buscasteis ayer en el teatro, por motivo de aquella corista; jamas hubiese creído que por semejante bagatela se alterase una amistad como la nuestra. Vuestro afectísimo.—Jorje.»

KEAN. Esta carta, señor conde, responde mejor de lo que podría hacerlo a sospechas que empiezo a comprender, y de las que ya veis que mi modestia no me permitia creerme el objeto.

CONDE. Mr. Kean, se trata de poner os preso; no olvidéis que los palacios consulares son inviolables, y que la embajada de Dinamarca es un palacio consular.

KEAN. Gracias, señor conde.

CONDE. Adios, Mr. Kean. (Kean le acompaña hasta la puerta.)

## ESCENA VII.

KEAN solo, despues el CONSTABLE.

KEAN. ¡Ella se ha salvado! ¡bueno y excelente Jorje! ¿por qué milagro lo ha sabido? Ahora es preciso que salga, y sin perder tiempo para que pueda llegar a su casa antes que su marido. Vamos... (Entra el Constable.) ¿Quién va? ¿Salomon dejará entrar a todo el mundo?

CONSTABLE. Os pido mil perdonos por él, Mr. Kean, porque yo he obli-gádole a dejarme entrar.

KEAN. ¿Sois vos, señor Constable?

CONSTABLE. Sí, y a pesar del motivo que me conduce aquí, ¡quiero tanto a los artistas! pero el deber ante todo, y en nombre del rei y de las dos cámaras (Le toca con su varita.) daos a prision.

KEAN. ¿Y de qué se me acusa?

CONSTABLE. De haber injuriado gravemente, y en un lugar público, al príncipe real y a un miembro de la cámara alta.

KEAN. ¿Qué debo hacer?

CONSTABLE. Seguir a mi jente que está en la antesala.

KEAN. ¿Y de este modo debo abandonar mi casa?

CONSTABLE. Yo quedo para que echen los sellos: cuando volvais, encontrareis cuanto habreis dejado.

KEAN. Disimulad, pero talvez hai cosas en mi aposento, que en conciencia, no pueden estar bajo sello todo el tiempo que dure mi ausencia. Vos sois esclavo de la lei, señor Constable, pero no sereis mas rijido que ella.

CONSTABLE. Verdad, Mr. Kean, y si puedo hacer algo por un artista a quien admiro...

KEAN. Teneis órden para llevarme preso a mí, pero no a las personas que talvez se hallen aquí, ¿no es verdad?...

CONSTABLE. La órden es nominal, y para vos solo.

KEAN. Pues bien! en ese gabinete (Señala al cuarto donde Ana se ocultó.) hai una señorita a quien conoceis, y que desearia salir...

CONSTABLE. Antes que se pongan los sellos, sin duda.

KEAN. Y sin que vuestra jente la examine.

CONSTABLE. ¿Y yo conozco a esa señorita?

KEAN. A menos que no hayais olvidado ya el nombre de miss Ana Damby.

CONSTABLE. ¿Miss Ana Damby?



KEAN. Dentro de una hora se marcha a Nueva York en el paquebote *el Washington*.

CONSTABLE. Ya lo sé; yo la acompañé a la correspondencia y he tomado su billete.

KEAN. Entonces ya conoceréis que tiene que encargarme algo antes de su partida.

CONSTABLE. Me prometeis no hacér por escaparos, Mr. Kean.

KEAN. Os lo prometo bajo palabra de honor. (*Abre la puerta.*) ¡Ana!

### ESCENA VIII.

KEAN, ANA, EL CONSTABLE.

ANA. ¡Oh, Dios mio! he oído que iban a poneros preso. ¡Oh! yo no me voi ya Kean, me quedo. ¡Vos preso!

KEAN. Ana, el señor Constable permite que nos despedamos antes de nuestra separacion. (*Al Constable.*) La señora saldrá luego tapada con este manto, señor Constable; acordaos de vuestra promesa.

CONSTABLE. La cumpliré, Mr. Kean; si he de faltar a la palabra, no quisiera fuese con un artista como vos. (*Vase.*)

### ESCENA IX.

KEAN, ANA.

KEAN. ¡Ya partió! ¡oh! voi a haceros una súplica estraña Ana; súplica que podriais rehusarme, pero que no lo hareis; el último favor, el último sacrificio, Ana... Una mujer está allí, ya lo sabeis, mujer que estaria perdida si se reconociera su cara, si se pronunciara su nombre, porque es casada. ¡Oh! ¡Ana! ¡Ana! ¡en nombre de lo que quereis mas y de lo que teneis por mas sagrado, tened piedad de ella!

ANA. (*Quitándose el manto.*) Tomad, Kean.

KEAN. (*Cae de rodillas.*) ¡Ana! ¡Ana! ¡sois un ángel! ¡Elena! (*Precipitándose*

*en el gabinete.*) ¡Elena! ¡estais salvada! (*Da un grito.*) ¡Ah!

ANA. ¿Qué hai? ¡Dios mio!

KEAN. ¡Elena!... ¡Elena!... nadie... ¡ha desaparecido! ¡la ventana abierta! ¡el Támesis! ¡oh! habrá oído la voz de su marido, sus amenazas, ¡oh! yo soi su matador, su asesino, sí, yo soi quien la ha matado. (*Se arroja acia la puerta del fondo.*) ¡Perdida! ¡perdida!

### ESCENA X.

*Dichos*, EL PRINCIPE DE GALES.

PRIN. (*A media voz.*) ¡Salvada!

KEAN. ¿Elena?

PRIN. Sí.

KEAN. ¿Por qué medio?

PRIN. Por medio de un amigo que desde ayer vela por vos, quien para evitar todo peligro tenia una góndola debajo de esas ventanas, y un coche delante de vuestra puerta.

KEAN. ¿Y dónde está ella?

PRIN. La he hecho conducir a su casa por un hombre de confianza, mientras que yo escribia. ¿Habeis recibido mi carta?

KEAN. Sí, mi principe, y me habeis salvado dos veces. ¿Cómo espiaré mis culpas para con vos, monseñor? Sí, tengo la prision bien merecida y la sufriré con alegria.

PRIN. ¡Nada de esto! no será asi. (*Ana levanta la cabeza.*)

KEAN. ¿Cómo?

PRIN. He logrado de mi hermano a duras penas, os lo confieso, y este es el motivo por que mi góndola estaba debajo de esas ventanas y mi coche delante de vuestra puerta, que los seis meses de prision, porque no se trataba mas que de seis meses de prision, se permutarán en un año de destierro.

KEAN. ¡Ah! su alteza me echa a destierro... mientras que la condesa de Kœfeld...

PRIN. Vuelva a Dinamarca, donde llamarán al embajador los primeros despachos de su rei, ¿estais tranquilo ahora?

KEAN. ¡Oh, mi príncipe! ¿está señalado el lugar de mi destierro?

PRIN. Ireis donde queráis, con tal que dejeis la Inglaterra: a París, a Berlín, a Nueva York.

KEAN. Iré a Nueva York.

ANA. (*Levantándose de su asiento. Aparte.*) ¿Qué oigo?

KEAN. ¿Se ha fijado el momento de mi marcha?

PRIN. Teneis ocho dias para arreglar vuestros negocios.

KEAN. Me marcharé dentro de una hora.

ANA. (*Acercándose a Kean.*) ¡Ah, Dios mio!

KEAN. ¿Se me ha destinado el buque en que debo partir?

PRIN. No, tomareis el que mejor os parezca.

KEAN. Escojo el paquebote *el Washington*.

ANA. (*Sosteniéndose con él.*) ¡Kean!

PRIN. Confío en que los aires de América os refresquen el cerebro, y os hagan mas juicioso.

KEAN. Pienso casarme en ella, monseñor.

ANA. ¡Ah!

PRIN. ¿Quién es esa jóven?

KEAN. Miss Ana Damby, ajustada hoy mismo de primera dama para el teatro de Nueva York.

PRIN. ¿Miss Ana Damby? ¡ah! ya caigo. (*Se inclina.*) ¿Miss?...

ANA. (*Haciendo una reverencia.*) Monseñor...

SALOM. (*Entra con traje de camino, y con un paquete en la mano.*) Aquí estoy yo.

KEAN. ¿Mi pobre Salomon?...

SALOM. Vamos, mi amo, ya estoy preparado.

KEAN. ¿Cómo?

SALOM. ¿No vais a Nueva York?

KEAN. Sí.

SALOM. ¿Para seguir representando?

KEAN. Sin duda.

SALOM. ¿Y qué! cuando hagais la comedia, ¿no necesitareis un apuntador?

KEAN. (*A Salomon y a Ana.*) ¡Oh! ¡solos los dos sois mis únicos, mis verdaderos amigos!

PRIN. Sois un ingrato, Mr. Kean.

KEAN. (*Echándose en sus brazos.*) ¡Perdóneme vuestra alteza!





# MUSEO DRAMATICO DEL MERCURIO.

Se encuentran a venta en las librerías del *Mercurio* los siguientes dramas de los mejores autores:

1. DON JUAN TENORIO, drama religioso-fantástico, en dos partes, por Zorrilla.
2. EL HONOR Y EL DINERO, comedia en 4 actos y en verso, por J. de la Rosa Gonzalez.
3. MACIAS, drama histórico y en verso, en 4 actos, por Larra, (segunda edicion).
4. EL REI MONTE, drama en 5 actos y en verso, por Garcia Gutierrez.
5. LA CONCIENCIA, drama en 5 actos, por Dumas.
6. CARLOS II EL HECHIZADO, drama en 5 actos y en verso, por Gil y Zárate. (seg. edic.)
7. ESPINAS DE UNA FLOR: *Segunda parte de Flor de un dia*, drama en verso, en 3 actos y un epílogo, por Camprodon, (segunda edicion).
8. DON FRANCISCO DE QUEVEDO, drama en 4 actos y en verso, por Sanz, (seg. edic.)
9. EL HIJO NATURAL, comedia en 4 actos y un prólogo, por Dumas, hijo.
10. PABLO EL MARINO, drama en 5 actos, por Dumas.
11. ¡FLOR DE UN DIA!! drama en un prólogo y 3 actos, por Camprodon.
12. EL TROVADOR, drama en 5 actos y en verso, por Garcia Gutierrez.
13. TERESA, drama en 5 actos, por Dumas, traducida al castellano por Bello.
14. EL TANTO POR CIENTO, comedia en 3 actos y en verso, por Lopez de Ayala.
15. SULLIVAN, comedia en 3 actos y en prosa, por Melesville.
16. LA LOCURA DE AMOR, drama en 5 actos, por Tamayo y Baus.
17. LA CALUMNIA, comedia en 5 actos, por Scribe, traducida por V. de la Vega.
18. ADRIANA LECOUVREUR, drama en 5 actos por Scribe, traducida por V. de la Vega.
19. CID RODRIGO DE VIVAR, drama en 3 actos y en verso, por Fernandez y Gonzalez.
20. LA AVENTURERA, drama en 4 actos y en verso, por Da. Jertrudis Gomez de Avellaneda.
21. EL VASO DE AGUA, comedia en 5 actos por Scribe, traducida por Gil y Zárate.
22. KEAN o DESORDEN Y GENIO, comedia en 5 actos y en prosa, por Alejandro Dumas.

Precio del ejemplar — 50 centavos.







6435

Mac Allen

---

